

**LUCHA DE IDEAS
EN NUESTRAMÉRICA**

Hugo E. Biagini

**LUCHA DE IDEAS EN
NUESTRAMÉRICA**

LEVIATAN

PRESENTACIÓN

Entre los trabajos que reúno en esta circunstancia, se encuentra mi colaboración a la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, editada en España bajo el patrocinio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, para el volumen dirigido por Arturo Andrés Roig sobre la historia de las ideas en Latinoamérica durante el siglo XIX. He incursionado allí en corrientes como la de los eclécticos y los krausistas, el tradicionalismo católico, el comtismo y el spencerismo; en síntesis, transito por aquellas expresiones que de un modo u otro acompañaron el advenimiento de los distintos estados nacionales en nuestra América.

Intento luego reconstruir la sensibilidad y el clima de ideas que circulaban hacia el Novecientos sobre el paso del tiempo: desde la visión idílica que efectuaba la apoteosis de las conquistas y maravillas de la centuria hasta la versión según la cual el mundo seguía siendo un gran hospital. Asimismo, evoco la relevancia que alcanzaron nociones como las de raza y civilización; la creencia de que el progreso, asociado con el poderío, implicaba un alto contenido etnocéntrico, mientras que otros enfoques tendían a relativizar las diferencias raciales y la victoria de los más fuertes, exaltando el papel de la moralidad. Un conflicto histórico-ideológico de la época giró en torno a quienes sostenían la superioridad anglosajona o aquéllos que se inclinaban a exaltar los valores de la latinidad, con posturas que favorecen el acercamiento de España con sus antiguas colonias —a partir de simbologías míticas como la de 1898— y llegan a propiciar una liga hispanista para combatir el peligro yanqui. Este ensayo fue expuesto en el XI Seminario de Historia de la Filosofía Española e Ibe-

roamericana, Universidad de Salamanca (1998) y, mutatis mutandis, publicado por los Cuadernos Hispanoamericanos en el mismo año.

Finalmente, aludo a la confrontación teórico-institucional que se produjo entre el positivismo y sus heterogéneos adversarios doctrinales, cuyo panorama conflictivo integró la *Antología del Pensamiento Latinoamericano* compilada por Ricardo Salas en la Universidad Católica Blas Cañas (hoy Cardenal Silva Henríquez). En la parte suplementaria se han incluido mis reflexiones al cuestionario —en torno al historiador y las ideas— planteado inicialmente por Alejandro y Fabián Herrero para la revista *Estudios Sociales* (1994). Por otro lado, reproduzco algunas piezas complementarias que me tocó redactar sobre los principios y propósitos orientadores de un nuevo espacio que hemos creado para el pronunciamiento intelectual: el *Corredor de las Ideas*.

Para contextualizar el material abordado se transcriben algunos comentarios que han recibido otras obras propias más cercanas a la temática en juego: El movimiento positivista argentino, Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krausista, Cómo fue la generación del Ochenta, Redescubriendo un continente, Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva, Fines de siglo, fin de milenio.

I ESPIRITUALISMO Y POSITIVISMO

Entre las corrientes filosóficas más características del siglo XIX, no se hace hincapié en vertientes como el escolasticismo y la Ilustración que, si bien existían para la misma época, se han perfilado con basamentos anteriores. Tampoco se enfocan expresamente las secuelas que han dejado en nuestra centuria algunos movimientos como el krausismo y el positivismo.

Se visualiza al siglo XIX dentro de la partición cronológica habitual, pasando por alto las categorizaciones históricas que trascienden los convencionalismos y le otorgan a aquél un alcance temporal bastante más dilatado que el del calendario. En suma, se concede prioridad a las expresiones que, de uno u otro modo, contribuyeron a legitimar los distintos Estados nacionales en América Latina.

Eclécticos y krausistas

El espiritualismo ecléctico, surgido en Francia a principios del siglo XIX —como transacción entre las tendencias innovadoras y los emergentes conatos reaccionarios—, revistió en Sudamérica una importancia mayor de la que se le ha atribuido usualmente como escuela filosófica y como ideología operativa. Mas allá de sus serias limitaciones conceptuales, que no dejaron de observarse en la plenitud de su esplendor, el eclecticismo incide en muy diversas manifestaciones decimonónicas, al

proponer una actitud de tolerancia y moderación para superar el encastillamiento partidista, las posturas dogmáticas o radicalizadas y asimilar el pasado en una integración selectiva de las distintas corrientes doctrinarias. Por un lado, sostiene la racionalidad congénita del hombre y el carácter absoluto de la verdad, el bien y la belleza; por otro, admite la existencia de lo divino, bajo las más diferentes modalidades (panteístas, deístas, racionalistas, pesimistas, krausistas y católicas), revalorizando la religión —en estrecho vínculo con la filosofía— y el propio cristianismo. En la línea de los románticos, se afianza el sentimiento federalista y se concibe el progreso general como desenvolvimiento de las modalidades inherentes a cada nación. El movimiento ecléctico ha mostrado asimismo variadas perspectivas y facetas disciplinarias pasibles de consideración, entre ellas, un eclecticismo metodológico, filosófico, científico, médico, jurídico, literario y político.

Diversos estudios han permitido advertir la significativa proyección del eclecticismo en el Río de la Plata, donde, hacia 1819, ya se había insinuado tímidamente bajo el predominio de la Ideología, para afirmarse al promediar la centuria. En el caso argentino se registran prolongaciones eclécticas durante el período finisecular. Con el nuevo *ismo* se tiende un puente hacia la filosofía escocesa del sentido común y hacia el pensamiento alemán, entronizándose la obra de Leibniz —"el sabio más universal de los tiempos modernos"¹— y su concepto de sustancia como fuerza, como causa eficiente y espontánea. La impronta ecléctica penetra en el Plata bibliográficamente o a través de la cátedra, pues se suceden los profesores y las tesis tributa-

rias de esa orientación. Tampoco faltan nexos personales como la presencia de exiliados franceses, continuadores más o menos fidedignos del fundador de la escuela: Víctor Cousin.

Los sectores dominantes de cuatro generaciones —1837 a 1880— se formaron en la Argentina bajo la cosmovisión ecléctica, cuya tónica conciliadora sirvió a la causa de la organización y la unificación nacionales. Dicha concepción no sólo instrumentó los contenidos de la enseñanza sino que además acompañó la creación o el remozamiento de trascendentes instituciones educativas: en Tucumán, el Colegio de Segunda Enseñanza; en Entre Ríos, la Escuela Normal de Paraná y el Colegio del Uruguay; en Buenos Aires, la Universidad —con su secundario anexo— y la Escuela Normal de Profesores. A sus aulas asistieron futuros adalides políticos e intelectuales que, en mayor o menor medida, se mantuvieron dentro del derrotero espiritualista que les fue inculcado allí durante su adolescencia y juventud. Dentro del núcleo ecléctico preponderante figuran José León Banegas, Luis de la Peña, Adolfo Alsina, Juan Carlos Gómez, Aditardo Heredia, Onésimo Leguisamón, Félix Martín y Herrera, Nicanor Larrain, Nicomedes Reynal O'Connor, Federico Tobal y José María Torres. Otras personalidades destacadas —entre ellos varios presidentes y ministros de la República Argentina— se valieron parcial o temporariamente del eclecticismo, como Félix Frías, Facundo Zuviría, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Victorino de la Plaza, Nicolás Avellaneda, Guillermo Rawson, Pedro Goyena, Eduardo Wilde, Carlos Burmeister, Calixto Oyuela o Julio Argentino Roca.

¹ F. Tobal, *El eclecticismo*, B. Aires, Impr. de Mayo, 1867, p. 29.

No menos sugestiva resulta la figuración del eclecticismo en el Brasil, donde prendió intensamente dentro de las élites locales como sustrato para la incipiente conciencia conservadora y como fermento para la unidad nacional en ciernes, permitiendo además consolidar la actividad filosófica mediante la plasmación de una sociedad *ad hoc* en la ciudad de Bahía hacia 1843. Uno de sus primeros y más influyentes expositores fue el predicador Francisco José de Carvalho (1784-1855), conocido como Mont'Alverne, para el cual Cousin representaba un genio prodigioso y el eclecticismo una auténtica reconstrucción de la filosofía que eliminaría el estado de confusión producido por el pensamiento dieciochesco. Algunos eclécticos brasileños siguieron a los grandes maestros galos: Silvestre Pinheiro, vivió casi veinte años en París y cultivó una íntima amistad con el propio Cousin; Domingo Gonçalves de Magalhaes, asistió a las clases de Jouffroy —al igual que Salustiano Pedrosa— y publicó en 1858 su libro *Fatos do Espírito Humano*, traducido al francés y receptado en París como una genuina contribución para fundamentar la moralidad más allá del empirismo. Eduardo Ferreira França estudió medicina en aquella ciudad durante el apogeo de Cousin y en sus *Investigações de Psicologia* (1854) introduce una facultad cognoscitiva recurriendo a la fe y sin abandonar la óptica naturalista. Antônio Pedro de Figueiredo, traductor de Cousin y editor en Recife de una revista aglutinadora —*O Progresso* (1846-1848)—, desde un liberalismo social procura reconciliar el cristianismo con las conquistas humanas y materiales, mientras que en su tesis doctoral el fluminense Manuel María de Morais e Vale condena la mendicidad como si fuera una terrible epidemia de lepra.

La *intelligentzia* boliviana acogió con beneplácito al ideario ecléctico, el cual fue divulgado a través de distintas obras editadas en la misma región. Pedro Terrazas tradujo el libro de Cousin sobre la ética en el siglo XVIII, que se publicó en Potosí hacia 1845 con un prólogo del propio Terrazas. Félix Reyes Ortiz hizo otro tanto con el compendio de filosofía de Delavigne, así como Luis Quintín Vila vierte posteriormente al castellano una obra de Ch. Benard. A dichos nombres puede añadirse el de Victoriano San Román, quien en 1873 dió a conocer sus *Elementos de Filosofía Moderna*. Todos ellos subrayaban la importancia del eclecticismo para romper las barreras que se habían levantado entre la religiosidad y el entendimiento, entre los condicionantes físicos y el libre albedrío. Reyes Ortiz, mientras se refería al sistema ecléctico como "dominante, adoptable y adoptado en los países civilizados", efectuaba sobre el mismo la siguiente caracterización: "abrazando lo espiritual no desprecia lo sensual [...] se alimenta tanto de las sublimes inspiraciones y arrebatos místicos de Santa Teresa y San Buenaventura como de las experiencias craneológicas y naturalistas de Gall y Spurzheim"².

El ecléctico colombiano Manuel Ancízar, luego de una larga transhumancia por Cuba, Estados Unidos y Venezuela, regresa a su país de origen para lanzar en Bogotá el periódico *El Neogranadino* (1848), donde colabora el gran maestro de Bolívar, Simón Rodríguez. Desde esas columnas, Ancízar brega por una amalgama entre el conservadorismo y el liberalismo, entre la tradición y el cambio. Por otra parte, exhorta al clero para que se involucre en los intereses temporales y en la organización republicana, para que produzca una suerte de sacerdote-civilizador "que cese de de-

² G. Francovich, *La filosofía en Bolivia*, La Paz, Juventud, 1987, pp.146-7.

clamar contra la corrupción del siglo, contra el lujo y las riquezas, contra la tendencia irresistible de los espíritus hacia la ilustración, la tolerancia y el libre pensar³.

En Colombia, como en sus vecinos Perú y Ecuador, gravitó un tradicionalismo que, ora apelaba a la neoescolástica, ora al ultramontano Donoso Cortés, ora a los doctrinarios franceses, ora al irracionalismo de Bonald y de Maistre. Hacia 1872, Miguel Antonio Caro todavía censuraba el espectro de Bentham, exigiendo que, para evitar el sacrilegio, no debía calificarse como doctor a este último, pues se trataba de un título reservado sólo para quien enseña la doctrina de la Iglesia —excluyentemente equiparada con el mismo Dios. Treinta años antes, el peruano Bartolomé Herrera, desde su rectorado en el Convictorio de San Carlos, mientras entonaba infrecuentes loas a la conquista española, propiciaba el autoritarismo político en nombre de la divina potestad y en contra de la soberanía popular. En el Ecuador, el gobierno de Gabriel García Moreno (1859-1875) —tan combatido por figuras de la talla intelectual de Juan Montalvo— procuró institucionalizar dichas premisas confesionales y antidemocráticas.

En líneas generales, nuestras variantes espiritualistas decimonónicas, pese a los esfuerzos de ciertos voceros suyos no alcanzaron a elaborar una noción de libertad que superase la raigambre individualista. Sin embargo, ello no dejó de tener su especial relevancia en aquellos contextos donde tuvo mayor vigencia el modelo restaurador que preconizaba actitudes como la de una absoluta obediencia y sumisión por parte de los sectores populares.

Más allá de que también fue utilizado para obs-

taulizar la ascesis socialista y la dinámica científica, el krausismo desempeñó por momentos un papel igualitario, al propugnar en sus mejores facetas una plataforma solidaria, con sufragio universal obligatorio para ambos sexos y, ocasionalmente, el derecho a la revolución. En tal sentido, los krausistas pueden simbolizar un descuidado precedente para la construcción del Estado benefactor como alternativa frente a la acumulación irrestricta y al desconocimiento sistemático de los derechos humanos.

Es precisamente en el terreno jurídico donde el krausismo exhibe uno de sus aportaciones primordiales en América Latina durante la segunda mitad del siglo pasado; época en la cual se verifica cierto predominio de esa orientación en la cátedras de Filosofía del Derecho. Durante la década de 1850 comienzan a aparecer diversos textos jusfilosóficos basados en el racionalismo armónico de Krause o de su discípulo Enrique Ahrens, cuyo *Curso de Derecho Natural* lograría una amplia difusión. Así ocurrió para ese entonces con los manuales respectivos de José Silva Santisteban en el Perú y de Antonio Bachiller en Cuba. Por otro lado, la Facultad de Derecho en la Universidad de San Pablo se erige en un centro clave para la introducción y desarrollo del krausismo brasileño.

Otra dimensión fundamental del krausismo está dada por su incidencia en la renovación educativa. A los hermanos Valeriano y Juan Fernández Ferraz, dos españoles de origen canario, se les ha adjudicado la estructuración de la escuela media en Costa Rica, donde se afinan y ponen en práctica las ideas pedagógicas de don Francisco Giner de los Ríos y la célebre Institución Libre de Enseñanza, bajo cuya inspiración tuvieron ocasión de

³ Cit. por R. Salazar Ramos, "Romanticismo y positivismo", en Marquín Argote *et al.*, *La filosofía en Colombia*, Bogotá, El Búho, 1992, p. 257.

formarse en la misma metrópoli madrileña —al igual que el costarricense Mauro Fernández, quien se desempeñó como Ministro de Instrucción Pública en esa nación centroamericana.

Por aquella época, hacia el último tercio del siglo, el krausismo se instrumenta en Latinoamérica para oponerse a los planteamientos positivistas y al creciente desafío teórico-práctico que los mismos venían a representar. En Chile, por ejemplo, se recurre a las críticas furibundas hacia el positivismo y el materialismo, formuladas por el krausista belga Guillaume Tiberghien, para objetar el giro comtiano que había producido un intelectual de predicamento como Juan Victorino Lastarria⁴.

Prudencio Vázquez y Vega, mentor filosófico de José Batlle y Ordóñez —ulterior presidente del Uruguay—, se enfrenta desde un trasfondo krausista con las fracciones positivistas de dicho país. Invocando valores permanentes, aquél denunció el exitismo y el socio-darwinismo, así como el crecimiento material y la magnificencia exterior en tanto factores determinantes para la perfectibilidad del hombre:

no por tener ferrocarriles y teléfonos, los pueblos viven tranquilos y felices [...] más conviene al bienestar y al progreso general de las sociedades infundir en la conciencia pública los santos principios de moralidad y de justicia que dirigir una mirada microscópica para contemplar los infinitos infusorios que se revuelven en una simple gota de agua [...] Yo prefiero antes que la observación empírica, independen-

*cia de carácter, dignidad y nobleza, grandes y generosas aspiraciones, puros y levantados sentimientos*⁵

Gracias a la penetrante faena hermenéutica llevada a cabo por varios indagadores contemporáneos, como Ardao y como Roig, se ha ido demostrando que el krausismo tuvo una existencia real fuera del ámbito español, que en América Latina no representó ni una leyenda ni un asunto meramente importado y que en el Cono Sur llegó a cumplir además una función democratizadora, al dotar de contenidos doctrinales a nacientes agrupaciones populistas, según resultaron en sus orígenes la Unión Cívica Radical en la Argentina y el Partido Colorado en el Uruguay, los cuales lograrían acceder al gobierno mediante el voto colectivo.

Deus ex machina

Durante el siglo XIX, se atraviesa una etapa sin precedentes de expansión colonial europea y extensión de fronteras interiores en diversos países americanos. Concomitantemente, eclosiona la creencia en la renovación de los procesos vitales: el universo entero y nuestro continente muy en particular estaban llamados a un perfeccionamiento irrevocable. Según esos planteos, la misma civilización ha seguido una marcha astral —del Oriente a Occidente— y la corriente de los imanes,

⁴ Cf. Z. Rodríguez, *Miscelánea literaria, política y religiosa*, Santiago de Chile, Impr. El Independiente, 1876.

⁵ P. Vázquez y Vega, *Escritos filosóficos*, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1965, pp. 77, 79.

desde el Ecuador hasta los polos. Comienzan a despuntar entonces las analogías organicistas y mecanicistas para explicar al hombre y la sociedad. Con la nueva mística del progreso —fenómeno teórico y extrateórico a la vez— se aguardaba que, mediante reformas socioculturales y, sobre todo, por implementaciones tecnológicas, se terminara barriendo para siempre con los males de la humanidad.

Ya no bastaba con desdeñar el más allá o en recurrir a las meras luces de la razón si se quería transmutar este valle de lágrimas en un mundo mejor. Para lograr tamaño objetivo había que liberar las fuerzas de producción hasta someter al planeta y arrancarle todos sus frutos. Surgía así una nueva religión: la industrialista. Se levantan entonces palaciegos altares a la maquinaria, como las Exposiciones universales, con sus millones de visitantes-feligreses. En la *École Polytechnique*, donde concurrieron las mejores lumbreras de Europa, se gesta un sujeto histórico inédito que mira la vida con lente ingenieril, prescindiendo de las humanidades y su enfoque inveterado.

Estaba montado el escenario para la aparición de la tecnocracia y su padre teórico, Claude-Henri de Saint Simon, pretendido Newton de un novedoso ordenamiento societario, el sistema industrial. El noble Saint Simón, que se proclama descendiente de Carlomagno, aspiró, como éste, a la reorganización europea, mediante una programática que colocaba a la ciencia, la política, la moral y la propiedad al servicio del aparato productivo. Sobrepasando diferencias y antagonismos, el trabajo, el fomento de las comunicaciones y los transportes engendrarían un régimen de abundancia y prosperidad para todos. Más que las convicciones puntuales del sansimonismo, sus fervientes esperanzas respecto de la industrialización se pro-

pagan por doquier.

El área rioplatense constituyó un polo importante para canalizar el ideario sansimoniano, el cual sería incorporado en esas tierras por Esteban Echeverría, tras su regreso de Europa hacia 1830. Siete años más tarde se crea el célebre Salón Literario como nucleamiento de los jóvenes románticos liderados por el propio Echeverría. Si bien allí se exponía de cabo a rabo el eclecticismo cousiniano no dejaba por ello de considerárase como incompetente para explicar al espíritu del siglo, el cual era identificado con "la doctrina de la *perfectibilidad indefinida*". Por su parte, Echeverría presenta un trabajo, con fuerte acento sansimoniano, donde la industria, en tanto transformadora de materia, aparece como fuente de riqueza, poder y bienestar de las naciones.

Poco tiempo después, ese mismo grupo, desde su exilio en Montevideo, edita un periódico, *El Iniciador*, donde se incluye explícitamente una "Sección Sansimoniana" (15-7-1838). En ella se sostiene que la ley de las generaciones y su desarrollo progresivo implica la destrucción del antiguo régimen y el pasaje hacia un orden definitivo; que dicha ley ha sido empeñosamente explorada por los más grandes pensadores (Vico, Montesquieu, Kant, Lessing, Herder, Condorcet, Turgot y Hegel) pero que Saint Simon fue él único que ha podido descubrirla y que por añadidura ha previsto una organización religiosa para eliminar los privilegios y gozar de la libertad bajo la aceptación voluntaria de un poder con reconocida capacidad.

Más tarde, en 1847, durante su polémica con Pedro de Angelis, Echeverría rechaza los cargos que éste le planteara por haber querido regenerar al pueblo argentino y convertirlo en una sociedad de sansimonianos. Sin embargo, el mismo Echeverría admite haber aplicado a "toda la sociabili-

dad" la "fórmula económica de Saint Simón adoptada generalmente en Europa"⁶.

Otro ideólogo de enorme influencia, perteneciente también a dicha agrupación, Juan Bautista Alberdi, enfatiza el carácter determinante de la mecanización. En 1852, Alberdi publica en Chile uno de sus ensayos más significativos (*Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la Sudamérica*), donde llega a insinuar que las vías férreas sustituirían a los monasterios como medio de moralización. Al igual que el vago charlatanismo universitario, el cultivo de las letras, lejos de repeler a la barbarie, resulta un factor retardatario si faltan los elementos civilizadores básicos: población, comercio, industria. El contraste resulta manifiesto: la literatura es un producto ilusorio y pasional que envenena el alma y estrangula a la ciencia, esa expresión serena de la conducta y el pensamiento. Ergo: mientras que la literatura ha cumplido su misión en Sudamérica, "la ciencia solamente puede darle lo que su edad requiere: la luz, la razón, la calma, la paz necesarias a la fundación de sus instituciones y al desarrollo de su riqueza"⁷.

La identificación entre progreso y tecnificación se fue haciendo un *leit motiv* a medida que la Argentina se urbanizaba y se abría al tráfico de personas, manufacturas y capitales. Un destacado formador de conciencias, el "sabio" Amadeo Jacques, perfilaría, ante un selecto auditorio, una estética de la mecánica sobre la base de una locomotora en movimiento:

*¿No es [...] una hermosa máquina? Y, qué admiramos en ella? La fuerza, por supuesto, pero también y sobre todo, la disposición hábil de todos esos órganos cuyo juego es tan concertado y su efecto tan seguro y exacto [...] ese pobre diablo cubierto de harapos manchados de hollín y de aceite, al frotar y al encebar el hierro os prepara emociones artísticas.*⁸

Asimismo, se suceden en Buenos Aires las tesis relativas a los inventos, la fabricación y temas afines. Una de esas disertaciones enaltece al *homo faber* y al "poder prodigioso de la Maquinaria" que eliminaría todas las calamidades y opresiones. El asunto central es presentado como una cuestión de profunda trascendencia e interés en la centuria. Gracias a los ingeniosos aparatos, esenciales para el progreso, "las distancias se estrechan o desaparecen por la electricidad y el vapor, suprimiendo el tiempo y el espacio y dándole al hombre en cierto modo la omnipresencia de la Divinidad"⁹. Lejos de disminuir el trabajo y aumentar la pobreza, el maquinismo multiplica las oportunidades y produce inusitadas maravillas, como la de hacer que la miseria que gangrena a las sociedades deba replegarse con el paso del ferrocarril.

Las ideas de Alberdi y la estética bosquejada por Jacques parecen desbordarse totalmente en las apreciaciones de Eduardo Wilde que ocasionaron una memorable controversia con el católico Pedro Goyena. El primero, médico y escritor escéptico, sugería una relación inversamente proporcional entre el terreno poético y la producción fabril: para que triunfe esta última, deben los versos desaparecer. En la argumentación de Wilde se

⁶ E. Echeverría, *Dogma socialista*, Universidad Nacional de La Plata, 1940, pp. 375-6, 388.

⁷ J. B. Alberdi, *Estudios económicos*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, p. 316.

⁸ A. Jacques, "Las ciencias, las letras y las artes", *La Revista de Buenos Aires*, 5, 1864, pp. 340-1.

⁹ F. Tobal, *Las máquinas estudiadas a la luz del progreso humano*, B. Aires, Impr. de Mayo, 1869, p. 55

refleja el relativismo ético y el sentimiento de incredulidad que embargaba a los pre-positivistas; una actitud desacralizadora frente a declinantes valores tradicionales pero que a veces remata en otro optimismo no menos exultante: el de la tecnolatría.

Para Wilde la poesía —identificada con el verso, la rima, los himnos— corresponde a tiempos arcaicos donde no existían ni los libros ni las imprentas; es una enfermedad de la inteligencia que dificulta la comunicación; un medio superfluo que no deja ninguna lección y que resulta tan inservible como las pulgas y los mosquitos. Tampoco se ahorran epítetos para los propios poetas: copleros, prestidigitadores de palabras y ortopedistas mentales, utopistas desocupados e improductivos soñadores, revolucionarios exaltados y pendencieros ambiciosos, monomaníacos y locos pasivos — como los politicones, los mariscales y los fanáticos religiosos o ateos. *Contrario sensu*, el progreso con todos sus indicadores —ciencia, legislación, comercio, agricultura, minería, industria— y todos sus prosaísmos:

Los ferrocarriles y las fábricas manufactureras han reemplazado con ventaja a los idilios y los sonetos. Ahora se piensa más en encontrar la solución de un problema mecánico, que en hallar una consonante para concluir felizmente un verso [...] la prosa abunda porque las necesidades del estómago se han vuelto más apremiantes que las del corazón [...] en la bolsa no se cotizan versos sino cueros [...] jamás la hoja de mi escalpelo ha tropezado con el alma [...] una yegua es más útil que un soneto y una vaca de carne y hueso es indispu-

*tablemente superior a una vaca pintada por algún Epaminondas de Ultramar [...] un buey que ara [...] es más útil que una oda, que una polca y que una caricatura [...] ¡Más útil es al mundo una gallina que pone huevos, que cien mil poetas que componen versos!*¹⁰

Durante el febril crecimiento de los ochenta, la prensa oficialista argentina le asignaba a la industria un papel exclusivo, no sólo para promover los adelantos materiales sino también el perfeccionamiento moral y la plasmación de un régimen democrático. En otra tribuna periodística se emitían afirmaciones no menos entusiastas, tendientes a ocultar la conflictividad social, el espíritu posesivo y la dependencia del exterior: "Las transformaciones que la industria opera [...] trascienden al movimiento moral de las sociedades, acabando con los odios y las preocupaciones inveteradas, que son barreras más altas e insalvables que las que la naturaleza ha puesto por límite material a los pueblos"¹¹.

Por ende, no será mediante abstracciones doctrinarias que se posibilitarán tantos beneficios. Según Alexis Peyret, un proclamado "nieto de Voltaire" y reconocido inspirador de la élite gobernante, la aplicación de las ciencias físicas y sociales disolverían la miseria, la ignorancia, las clases, las fronteras, para establecer el "Reino de Dios" y "la paz perpetua". Peyret representa al intelectual que, por un lado, exhibe una trayectoria y un discurso apreciablemente progresista. Nacido en Francia, se formó en la Sorbona junto a dos figuras de vanguardia: Quinet y Michelet. Actuó en los levantamientos democráticos de 1848, ocupando

¹⁰ E. Wilde, *Tiempo perdido*. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1967, pp. 67, 94-5, 111, 114-5.

¹¹ *El Constitucional*, 23 julio 1881.

una diputación por los Bajos Pirineos. Colaboró en el periódico de otro gran demócrata, Lammenais, debiendo emigrar tras el golpe de Estado de Napoleón III. Radicado en la Argentina se dedica finalmente a la enseñanza y dirige un órgano del Club Liberal: *El Libre Pensador*. Integró la masonería argentina, combatió vigorosamente el clericalismo, denunció a los eclécticos y doctrinarios franceses como "corifeos de la burguesía *satisfecha*" y como "turiferarios del *justo-medio*"¹². Por otra parte, no vacila en asignarle a los europeos una misión civilizadora y regenerativa; considera que los pueblos neo-latinos, a diferencia de los sajones, resultan incapaces para gobernarse a sí mismos; que las masas inconscientes y rutineras deben aprender sociología para abandonar ese estado y elevarse a la altura de las instituciones.

Con los oídos sordos a la penetración imperial y a la explotación del proletariado, difícilmente se podía entrever, tras las argucias tecnocráticas, una manera de decretar el carácter sempiterno de la legalidad burguesa y el régimen capitalista. Por lo demás, la declamada industrialización es archivada y en su reemplazo se incorpora una orientación antagónica: el principio sobre la división internacional del trabajo que nos reducía a una simple condición pastoril como productores de materias primas.

Otro exiliado republicano, pero de origen hispano y desvinculado del *establishment*, Serafín Alvarez, publica en 1886 una extensa refutación a Peyret y a muchos de los supuestos que operaban en la ideología dominante. El retraso de los sudamericanos no debe atribuirse a una supuesta minusvalía racial sino a un agudo déficit en materia polí-

tica y legal cuyos fundamentos provienen de la escuela individualista y de un Estado indiferente a la problemática social y munido de facultades omnímodas para disponer de la cosa pública. Se ataca así a la democracia fraudulenta —plagada de privilegios, con su prensa domesticada— y a los partidos políticos, una banda de *condottieri* sedientos de poder que apelan a nociones engañosas como progreso y patriotismo:

*El pueblo ha aprendido esta frase ¡progresamos! y en medio de sus mayores dolores la repite con consuelo [...] como el inglés que saquea panaderías arrastrado por el hambre, canta que la primer felicidad de un hombre es haber nacido inglés [...] la banda política ha hecho del sentimiento patriótico, arma de defensa y de combate. La patria es el gobierno, como el Papa es Dios [...] el sud-americano tiene que estar repitiendo porque así lo mandan, que es libre, que es rico, que es grande, que tiene el mejor gobierno, que ha tenido los héroes más notables, y que dentro de poco tiempo su patria será la más poderosa del mundo*¹³

Serafín Alvarez apuesta al nuevo tipo americano, producto del mestizaje, como el agente histórico que cumplimentará el ideal superior del hombre cosmopolita, dotado de una mayor fuerza e inteligencia. Con ello se enfrenta a las tesis sojuzgantes sobre la pureza étnica, la supremacía de la raza blanca y el mesianismo europeo. Recuerda el componente indígena de muchos escritores y adalides sudamericanos, cómo fueron prostituídas las

¹² A. Peyret, *Conferencias sobre las instituciones libres*, B. Aires, La Tribuna Nacional, 1883, pp. 4, 6; *Historia contemporánea*, B. Aires, Lajouanne, 1887, pp. 436-7; *La evolución del cristianismo*, B. Aires, La Cultura Argentina, 1917, p. 32.

¹³ S. Alvarez, *Cuestiones sociológicas*, B. Aires, Juan Roldán, 1916, pp. 114, 157.

criollas y cómo la casa de expósitos —evangélica forma del infanticidio— ha sido durante siglos una resultante de la europeización, cuya faena ejemplarizadora en América debía darse por concluida. En tal sentido, se enuncian reparos a la mentada tecnificación y a los desbarajustes comunales ocasionados por la red ferroviaria:

*Nuestros saladeros y estancias, los establecimientos agrícolas y mineros de Chile, los ingenios y cafetales de la zona tórrida, demuestran que no es aptitud industrial lo que falta a estos pueblos. Manejan el brazo de hierro de las máquinas con más éxito que la misma Europa y en pocos años nuestra producción ha ido a inundar el mundo viejo. Pero, el gran desarrollo industrial no puede producirse porque la inmensa mayoría de la nación analfabeta no puede tomar parte en él*¹⁴

El socialismo fiscal defendido por Alvarez apunta también a reforzar críticamente la enseñanza pública, en detrimento de la escuela privada, un tugurio sectáreo y separatista. Mientras denuncia la orientación complaciente impuesta por Peyret a los estudios, propone otros contenidos didácticos y embiste contra uno de los ídolos del momento en la mitología del triunfalismo capitalista, Samuel Smiles:

la tradición educadora, es engañar sistemáticamente a quien se está educando [...] Vd les dice de que hay en el mundo instituciones libres que lo gobiernan y tienen historia [...] todo es mentira [...] Smiles, por

*ejemplo, ponderando las ventajas que al individuo producen la perseverancia, el trabajo y el carácter, es más peligroso e inmoral que los que escriben pornografía. Porque la vida no es como él dice, porque la fortuna es siempre robo [...] El programa no tiene más artículos: organización administrativa sin presidente irresponsable, sufragio permanente y juez popular. Cuando Vd. les diga ésto a sus alumnos, que deben estar cansados de oírle hablar de Grecia y Roma, de Krause y Balmes, se van a quedar sorprendidos, como el que no sabía que estaba hablando en prosa*¹⁵

Estamos así rozando enfoques periféricos al sistema que, aun sin alcanzar siempre los mayores grados de radicalización, repudian diversos lugares comunes e importantes variables constitutivas. Entre esos mirajes utópicos se halla la obra pionera de un eminente americanista, Simón Rodríguez, quien replantea la imagen tradicional de la filosofía, diluye la antinomia civilización-barbarie, impugna el valor ontológico asignado a la apropiación privada y censura los afanes imperialistas del sansimonismo francés. Para Rodríguez, el obrero, lejos de enaltecerse necesariamente con la máquina, se convierte en un instrumento más al servicio de la producción. Asimismo, don Simón se erige en portavoz de los humildes: "hágase algo por unos pobres pueblos que después de haber costeadado con sus personas y bienes... la Independencia, han venido a ser menos libres que antes"¹⁶. No menos reivindicativas son sus propuestas sobre el aborigen, al cual considera una pieza fundamental en el proceso de escolariza-

¹⁴ *Ibid.*, p. 121.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 158, 167.

ción, pues de los "blanquitos" muy poco cabía aguardar¹⁷.

En una línea afín a la de Simón Rodríguez se encuentran varios chilenos cercanos a su magisterio. En 1856, Francisco Bilbao, desde París, procuraba desentrañar el estado de alienación que lo rodeaba: "el hombre de Europa se convierte en instrumento, en función, máquina, o en elemento fragmentario de una máquina"¹⁸. Por su parte, Latorre, en *La América* (1865), trata duramente a los efectos devastadores que producían los europeos en el Nuevo Mundo, guiados por voraces intereses mercantiles e industriales. Jerónimo Abásolo Navarrete (1833-1884), que había recorrido Europa y publicado en Bruselas un libro relevante (*Personalité*), tampoco coincide con la exaltación de la cultura nordatlántica; propicia la unión continental y la creación de un Instituto Americano; critica a los políticos vernáculos por privilegiar el aumento de la riqueza y pretender un hombre operativo en vez de una persona integral; invierte el imaginario sansimoniano, concibiendo a la religión en creciente evolución y a la ciencia como una formación arcaica¹⁹.

¹⁶ S. Rodríguez, *Inventamos o erramos*, Caracas, Monte Avila, 1982, p. 190.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 203-4.

¹⁸ Bilbao, *El evangelio americano*, Buenos Aires, Américal, 1943, p. 171.

¹⁹ J. Abásolo, *La personalidad política y la América del porvenir*, Santiago de Chile, Imprenta y Encuadernación Universitaria, 1907.

Con todo, estaban dados los elementos suficientes para la avasalladora implantación del positivismo y sus heterogéneos equivalentes conceptuales: materialismo, agnosticismo, experimentalismo, fisiologismo, energetismo, mecanicismo, etc.

¿Orden o progreso?

El positivismo clásico, además de constituir una manera de comprender la realidad se ha perfilado también como un programa de acción dirigido hacia muy diversas instancias: política, economía, moralidad, industria, educación, religión, salud, legislación, ejército, iglesia, carácter nacional, etc. Una creencia en la cual el universo va diferenciándose conforme a un ritmo que explica desde el comportamiento de las moléculas hasta la marcha de las naciones y el movimiento sideral. La lectura de los autores positivistas provocó un auténtico deslumbramiento y figuras como Pasteur y el hombre de laboratorio llegaron a ser vistos como héroes desinteresados que luchaban a brazo partido al servicio del bien y la verdad.

En Brasil, el positivismo se munió con exuberantes ropajes litúrgicos y numinosos. La imponente iglesia positivista que se levantó en Río de Janeiro reproducía en otra escala el frontispicio del Panteón de París, previsto por el propio Comte para iniciar las conmemoraciones de su nuevo culto. La piedra fundamental del templo carioca fue colocada un 12 de octubre de 1890, ocasión en la cual se aludió al vaticinio comtiano sobre América co-

mo sede para la Religión de la Humanidad. Siete años después se produce la inauguración de ese santuario. Su altar mayor contiene un cuadro con la imagen virginal y divinizada de Clotilde de Vaux, mientras que en los laterales se emplazan los bustos de quienes fueron escogidos para bautizar con sus nombres los meses y disciplinas del calendario positivista: desde Moisés, Homero, Aristóteles, Arquímedes, César, San Pablo y Carlomagno, hasta Dante, Gutenberg, Shakespeare, Descartes, Federico de Prusia y Bichat. A la entrada del templo se han dibujado los puntos cardinales y una flecha floreada que apunta hacia París —centro de Occidente y capital misma de la tierra.

La iconografía juega un papel prominente para el adoctrinamiento positivista. En el santoral brasileño le han dado un amplio relieve al artífice de la Religión de la Humanidad y a su "ángel inspirador": Clotilde de Vaux. También se hallan representados la madre y los hijos de Comte, los padres de Clotilde, así como los distintos barrios, residencias y necrópolis familiares. Tampoco escasean los retratos de grandes apóstoles como Miguel Lemos y Jorge Lagarrigue, hacedores de la iglesia positivista en Brasil y Chile. Un lugar descollante ocupa la silueta del fundador de la República brasileña, Benjamín Constant, en cuyo monumento, además de exaltarse sus acciones claves —separación Iglesia y Estado, devolución de los trofeos al Paraguay, etc.—, sobresale una estatua de Clotilde de Vaux personificando la humanidad. El máximo emblema nacional, la bandera brasileña tiene estampada la divisa comtista de la política y la organización social positiva: *Ordem e Progréso* (Orden y progreso).

Empero, existen dudas si en principio no se había propuesto una fórmula que enfatizaba el primer término: *Ordem é Progréso* (Orden es Progreso); pues la idea del orden constituía una obse-

sión para el sumo pontífice del positivismo brasileño, Miguel Lemos, quien bregó contra la disolvente anarquía imperante en el mundo desde el fin de los tiempos medievales. Para el mismo Comte, conceptualizado como fanático del orden, el progreso cumple una función accesoria, como despliegue y consolidación de un sistema que implica la inalterable estructuración del organismo social. Una década antes de que mexicanos como Gabino Barreda lograsen conocer personalmente al precursor de la sociología, diversos estudiantes brasileños ya asistían a la Escuela Politécnica y a los cursos libres de Comte, hasta que luego el propio Miguel Lemos mantendrá en Francia su famosa vinculación con los epígonos más estrictos del filósofo positivista.

Para regenerar al mundo no bastaba con la sabiduría, con las academias, sino que debía practicarse una vida extremadamente ascética. Se recomendaba el casamiento positivista y se condenaban las bebidas alcohólicas, el tabaco y hasta el mismo café, sustancia nociva cuyo intercambio por "un alimento esencial" como el trigo —según se había pactado con la Argentina— resulta firmemente denostado.

Fuera de ciertas efemérides patrias o ecuménicas, entre los principales acontecimientos celebrados por la cofradía positivista tenemos fiestas "abstractas" como las de la Mujer o los Muertos y otras más circunscritas, *v.gr.*, la de los Inventores y las Máquinas, donde se idealizaban esos "admirables instrumentos sobre los cuales reposan la eficacia del trabajo y la dignidad del trabajador"²⁰. Las reuniones eran acompañadas por cánticos y efectos musicales, llegándose por ejemplo a ensayar una paráfrasis positivista de la Marsellesa. Para las misas y conferencias dominicales —aún hoy subsistentes—, se han programado minuciosamente los más diversos tópicos:

Sustitución de la democracia y la aristocracia por la sociocracia. Conveniencia del catecismo positivista para las mujeres, porque éstas se hallan destinadas al hogar y no adhieren al desorden ni a la violencia. La fuerza primordial de la mujer consiste en superar la dificultad para obedecer. La Humanidad como conjunto de seres humanos pasados, futuros y presentes con exclusión de los malhechores y los parásitos. Espacio, Tierra Humanidad como la verdadera trinidad religiosa. El positivismo sustituye el pre-concepto absoluto y metafísico del derecho por el concepto relativo del deber. Concentración del capital en manos de un pequeño número de ricos de donde saldrán los gobernantes. Teoría biológica de las razas: la blanca, superior por la inteligencia; la amarilla, por la actividad; la negra, por el sentimiento. [...] marcha negativa generada por la Gran Crisis de la Revolución Francesa. Surge la religión universal, el Positivismo, con su régimen definitivo de la Humanidad²¹

Aun si nos atenemos sólo a los centenares de publicaciones del Apostolado Positivista del Brasil que vieron la luz entre 1880 y 1900 —a veces en ediciones al francés— y prescindimos del material no menos caudaloso editado ulteriormente por esa organización, no dejan de ubicarse a su vez los asuntos más disímiles: incorporación política de los esclavos, problemas limítrofes de Brasil, locura y alienación, secularización de cementerios, vacunación obligatoria, represión de la vagancia, or-

tografía positiva, libertad de cultos, bases para una constitución, ejercicio de la medicina, servicio doméstico, el divorcio, indígenas brasileños, etc.

Otros sectores positivistas disidentes, como el de la escuela de Recife, se acercaron a posturas evolutivas y monistas. Entre ellos se destacan Tobias Barreto, que sostuvo el postulado de la lucha darwiniana entre las naciones, y Silvio Romero, un auténtico pionero para la historia de las ideas filosóficas en Latinoamérica. Más próximo a Comte pero también a una versión secularizante como la de Littré, Pereira Barreto considera que la realidad brasileña se hallaba en un camino culminante hacia la etapa positiva; tras haber pasado primero por el conservadurismo y luego por el liberalismo.

En rigor de verdad, el Brasil ya estaba lanzado hacia un proceso de modernización capitalista, con un fuerte movimiento masónico enfrentado a la Iglesia católica y con jóvenes militares que, de origen menos encumbrado, se aproximan al positivismo, acabando con el imperio de Pedro II y su alianza con un clero anacrónico. Además de su mayor o menor repercusión en la política central, el positivismo brasileño también tuvo proyecciones regionales, por ejemplo, en el estado de Río Grande del Sur, donde funcionó una capilla de la humanidad y gestiones gubernativas como las de Julio de Castilhos, con su ruralismo patriarcalista y la aparición de un curioso tipo social: los positivistas gauchos...

Resulta notorio el respaldo del positivismo a varias autocracias latinoamericanas —como las presidencias de Porfirio Díaz en México, Juan Vicente Gómez en Venezuela o Rafael Núñez en Colom-

²⁰ R. T. Mendes, *As últimas concepções de Augusto Comte*, Río de Janeiro, Apostolado Positivista, 1898, p. 558.

²¹ *Palestras dominicais*, s.d., prédicas 1ª, 3ª, 6ª, 39ª, 41ª, 43ª, 48ª.

bia—, so pretexto de que con ello se estaba alcanzando el grado más alto de desarrollo, conforme a la ley de los tres estados o a postulaciones en favor de una dictadura progresista. Tras la idea de que debía confiarse la política a un grupo de expertos se hallaba implícito un antiguo *parti pris* contra la idoneidad de las muchedumbre que, según influyentes autores como Le Bon, resultan objeto de las peores cualidades: destructivas, incivilizadas, impersonales, descerebradas, manipulables. Para el uruguayo Martín Martínez, los vicios del parlamentarismo se relacionan con la incompetencia política de las masas ignorantes, mientras defiende el aumento de poder para las "clases ilustradas y conservadoras", rechazando la aplicación que se había efectuado del principio del *self-government* "a las razas inferiores, a los salvajes, a los negros esclavos, a los siervos de la Rusia, a los agricultores de la Irlanda"²².

Se combatían los derechos humanos y se proclamaba la desigualdad en nombre de una inflexible metodología que apelaba a la frenología, la fisiognómica, la genética, los modelos patológicos neuro-siquiátricos, la selección natural y artificial, etc. Entre los pensadores más gravitantes se encuentra Herbert Spencer, el cual, dentro de una tónica malthusiana, subraya la existencia de un principio universal según el cual toda criatura que no puede autoabastecerse debe perecer, descartando el proteccionismo hacia los incapacitados por que degenera la especie humana.

Resultan pues doctrinalmente minoritarias posturas como las de Nicolás Rosa en Honduras, con su avanzado modelo de constitución social y su proyecto para la unión centro-americana. Tampoco resulta fácilmente asimilable una posición como la de González Prada, quien, sin renunciar a la

ciencia positiva ni al imperio de la causalidad, reafirma la tesis sobre las razas subalternas, propicia la rebelión aborígen, denuncia la corrupción política y objeta al hombre ilustrado por no instruir al pueblo con buenos ejemplos: "Ríamos de los desalentados sociólogos que nos quieren abrumar con sus *decadencias* y sus *razas inferiores*, cómodos hallazgos para resolver cuestiones irresolubles y justificar iniquidades de los europeos en Asia y Africa"²³.

A la postre, la argumentación presuntamente científica sirvió tanto para reivindicar como para combatir opresiones internas o dependencias foráneas. Ello daría lugar a modalidades conservadoras, liberales, nacionalistas e imperialistas; a vertientes críticas que se amalgaman con el krausismo, el marxismo, el anarquismo, el indigenismo, etc. Tamaña multiplicidad de matices reclama un desbrozamiento menos enfervorizado cuando se valorice la significación del movimiento positivista en América Latina, donde lograron mitigarse las asperezas del comtismo y el spencerianismo.

Con todo, el discurso positivista plantea insolubles dificultades semánticas que resultan muy significativas para la misma óptica en cuestión, v.gr., sus estrechas analogías entre el niño, el disminuido mental, la mujer, el salvaje, el criminal y el demente. Las posturas dominantes se inclinaron hacia el determinismo biológico, mediante nociones equívocas como delincuente nato, loco y mestizo moral, plasma nativo, raza psíquica, animalidad atávica, instintos sociales, organismo de un pueblo y tantas otras por el estilo.

²² M. C. Martínez, *Escritos sociológicos*, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1965, pp. 147, 168.

²³ M. González Prada, *Horas de lucha*, Buenos Aires, Américalee, 1946, p. 20.

Corolario

Grosso modo y más allá de algunas excepciones sugeridas en el texto, tanto el positivismo como las principales variantes espiritualistas del siglo XIX cumplieron una doble y ambigua funcionalidad en los diversos momentos y contextos sociopolíticos de Latinoamérica: por una parte, de oposición a los resabios feudales, terratenientes y clericales; por otra, de enfrentamiento con los sectores populares y democráticos en ascenso. Dichas manifestaciones ideológicas, si bien se midieron con los intentos restauradores o acompañaron relevantes adelantos formales y materiales, no dejaron en cambio mucho margen para implementar un desenvolvimiento equilibrado de la nación latinoamericana en su conjunto. Por encima de iniciales demandas jacobinas, termina por imponerse una línea elitista que entroniza la propiedad privada y el librecambismo, mientras se exalta la igualdad jurídica en medio de despóticas limitaciones para las etnias locales, los trabajadores y la misma anhelada inmigración.

II FINALES DE SIGLO

Idearium

En los umbrales del siglo XX puede verificarse una crisis cultural de modelos y la elaboración de nuevos paradigmas, sin que dicha crisis llegue a afectar profundamente la formulación de enunciados omnicomprensivos sobre el mundo y la existencia. Dentro del terreno especulativo, se asiste al enfrentamiento de quienes oscilan entre el materialismo y el espiritualismo, el escepticismo y la metafísica, el cientificismo y el esteticismo, el racionalismo y el emotivismo, el realismo y el voluntarismo, el positivismo y el esoterismo, el hedonismo y el agonismo. Más ligadas a los problemas pragmáticos, se encuentran las posiciones que optan por salidas elitistas o populistas, radicalizadas o reaccionarias, dandistas o redentoristas, cosmopolitas o nacionalistas, europeístas o americanistas, sionistas o antisemitas, hispánicas o afrancesadas.

El movimiento modernista, una de las principales expresiones culturales por aquel entonces, condensa en sí mismo muchas de esas pautas doctrinarias e ideológicas. Más que una escuela orgánica, se trata de una modalidad que se traduce en diversos ámbitos vitales y se asocia con la fiebre emancipadora finisecular. Aunque las corrientes modernistas profesaron ciertas inclinaciones sincréticas hacia el exotismo, el primitivismo y el escapismo, cabe reconocer en ellas un acendrado americanismo que excede las dimensiones aldeanas y folklóricas para remontarse al plano de

la universalidad.

Un balance tentativo sobre la ideología dominante hacia una centuria atrás, de cara al nuevo siglo XX, podría inducir a extraer algunos parangones con la actualidad. Así habría que referirse a las postulaciones individualistas que exaltaban, como símbolo del progreso, el evangelio de la fortuna y el éxito económico, los países y razas privilegiadas, el acceso al mercado mundial, el fin de las revoluciones y los grandes conflictos, el abandonar a los indigentes e incapaces, etc. Las argumentaciones justificatorias se basaban en esquemas socio-darwinistas y tecnocráticos. Por otro lado, se hallan las impugnaciones de quienes se identificaban con el problema social y señalaban que las grandes disparidades eran convalidadas mediante premisas supuestamente científicas pero que en el fondo ocultaban la lógica inhumana del pez más grande. Se denunciaba el caciquismo político, los negociados y la corruptela, exigiéndose medidas reparadoras para el vasto conglomerado humano que quedaba al margen del progreso o era eliminado en la pugna inexorable por sobrevivir. La civilización más avanzada debía implicar el amparo a los débiles. La democracia no podía ser equiparada con la libre empresa, con la pretendida armonía entre el interés privado y el bienestar común, porque la concentración del poder mundial e intranacional transforma en una fábula impresentable la hipotética convivencia del zorro con las gallinas, del lobo con las ovejas. Con su inconformismo, la juventud bohemia y modernista provocó una relevante aportación a la causa del pensamiento alternativo.

El paso del tiempo

Una centuria atrás, a fines del siglo XIX, escaseaban las reservas metodológicas para juzgar los acontecimientos contemporáneos junto a las creencias o procesos en gestación e insuficientemente decantados. En esa época, no se cuestionaba a fondo, como hitos meramente convencionales, la misma idea de siglo y su proclamada finalización. Tampoco se evidenciaban excesivas inhibiciones para predecir el futuro ni para dejar librado dichos pronunciamientos a las generaciones ulteriores, debido quizá al alto grado de certidumbre que, desde diferentes perspectivas, aún subsistía en cuanto a la marcha de la historia y al destino eventual del hombre.

Una visión idílica efectuaba la apoteosis del presente, de las conquistas y maravillas de la centuria. El universo entero estaba encaminado hacia un desenvolvimiento gradual, permanente y armonioso. Es la victoria del espíritu analítico proveniente del siglo XVIII pero que se torna más constructivo por el giro impreso al desarrollo científico y a la experimentación, los cuales dan lugar a verdaderos prodigios: vapor, electricidad, teléfono, vacunas, fotografía, radiología, etc. Al despegue de nuevas disciplinas como la termodinámica o la bacteriología se añade la consolidación de la física y la biología. Todo parece sujeto a inexorables determinaciones naturales, incluso las artes y las mismas humanidades. Bajo esa óptica no sólo se refuerzan las posturas agnósticas y materialistas sino también aquéllas que optan por otras vías suprasensibles, como los partidarios del espiritismo, amparados en las revelaciones sobre el magnetismo, los fluidos y los fenómenos hipnóticos. En suma: "la ciencia es la gloria, la fuerza y la alegría del

siglo XIX [...] ha descifrado los enigmas [...] ha explorado todos los campos”²⁴. Por otra parte, la instrucción obligatoria, el maquinismo y la aplicación de las ciencias se encargarían de eliminar todas las calamidades y opresiones, desde la pobreza y la ignorancia hasta las clases y las fronteras. A la luz de diversos planteos actuales en torno a la informática y la globalización, tales postulados tecnocráticos adquieren un sugestivo aire de familia. Según aducía el transterrado Francisco Grandmontagne, la rapidez locomotriz y contemplativa del tren y el cinematógrafo permiten respirar el aire de todos los pueblos e impregnarse de lo universal:

*Sobre los trasatlánticos y los rieles de los ferrocarriles, espoloadas por la penuria o agujadas por la ilusión, han circulado peregrinaciones emigratorias, vertiéndose unos pueblos en otros, imponiendo a la tradición la fecunda ley del olvido. El hecho palpitante, chorreando vida, ha suplantado al hecho histórico*²⁵

El periódico, el libro, el telégrafo —servidores de la inteligencia— reflejaban el ímpetu propagador de las ideas.

También se hablaba del siglo de la burguesía liberal, cuyo dinero ha motorizado las mejores empresas, el comercio, la industria y la colonización de los bárbaros. El burgués aparece entonces como un tipo medio inevitable, “no siempre se puede ser héroe, y no hay, quizá, ningún hombre que no haya tenido al fin de cada día su momento de burgués, como su cuarto de hora de *badaud*”²⁶. Junto a los adelantos señalados, no dejaba de apostar-

se, aunque en menor proporción, al avance moral y al reinado del bien, los cuales han de cumplimentarse durante el siglo XX, cuando se abra una nueva era gracias a otras expresiones decimonónicas emergentes, como los ideales izquierdistas, el movimiento feminista, la liberación de los esclavos, la secularización de las costumbres, la independencia de América, la unificación de los Estados europeos, etc. En efecto, el siglo XX reviste para dicha conceptualización caracteres más fabulosos aún, en tanto última síntesis suprema que marcaría la hora del Amor y los desheredados, cuando el combate por la existencia sólo llegue a constituir una vergüenza antigua. En él se comprenderá definitivamente las ventajas de la paz sobre la guerra, del sistema republicano sobre las monarquías, del grave perjuicio que encierra la intolerancia y el lucro ilimitado.

Muy esquemáticamente, para la otra versión, el mundo seguía siendo un gran hospital. Por un lado, los tradicionalistas, enemigos del siglo XIX y la modernidad, consideraban que el misterio, las verdades absolutas y la salvación resultan inaccesibles a la ciencia. Por otro, comienzan a perfilarse ciertas vertientes escépticas o pesimistas, como las de Schopenhauer y Nietzsche, para quienes apenas si se observan ligeros cambios en la historia y hasta el progreso representa una falsedad o una noción superficial, porque el presente no siempre supera al pasado y la decadencia puede alcanzar dimensiones irreversibles. Asimismo, se objeta el rumbo distorsionante que tomaba la industrialización, el auge de regímenes oligárquicos, el individualismo feroz, el caudillismo y el militarismo, la ética gladiatoria de la supervivencia y las prácticas imperiales. Uno de los textos más críti-

²⁴ E. Becher, “El siglo XX”, *Constancia*, enero 1901.

²⁵ F. Grandmontagne, “La agonía del siglo”, *Caras y Caretas*, enero 6, 1900.

²⁶ E. Becher, *op.cit.*

cos en esa dirección, *Estudios Sociales*, pertenece al pensador uruguayo Víctor Arreguine, para el cual se ha exagerado la importancia del siglo XIX, al pretender rechazarse todo lo anterior como inficionado por el oscurantismo. Por lo contrario, se trata de un siglo bárbaro, de iniquidad, mentiras y proceder antihumanos:

*Francia misma, la teorizadora del derecho, de la belleza, de la moral, cometiendo injusticias sin nombre; el oro, ideal íntimo de cada ser: "gana dinero, hijo mío, si puedes honradamente, y si no puedes, gana dinero" [...] no es justo que mientras existen en el mundo personas con 400 leguas de campo, o con 600.000.000 de dollars, mate en la India el hambre millones de semejantes en un año [...] El robo, ese juego de azar, delito cuando lo practica el individuo, se da a sí propio el renombre de conquista y hasta de derecho cuando lo cometen naciones; las religiones afirman que el hombre que mata a su semejante, perpetra el mayor de los crímenes. Y el pueblo que extermina a otro pueblo va acompañado de oficios religiosos [...] El mismo poder moral de la cristiandad, ¿no echaba bendiciones a los españoles cuando iban a pelear contra Cuba, y no evitaba bendecirlos cuando iban a batirse con alguien más fuerte y no católico?*²⁷

Una época en la cual predomina la violencia junto con la moral del temor y el castigo. En el siglo más sistemáticamente guerrero de todos, se han invertido enormes caudales en la técnica del exterminio para arrasar naciones enteras y se le ha asignado a cualquier cultura presuntamente superior el derecho de hundir a otra menos avanzada, aunque ésta última se encontrara en pleno desarrollo. Si bien se refuta el argumento *ad baculum*, que justifica el avasallamiento de los más débiles, la irresponsabilidad en el manejo delictuoso de armamentos también compete a los pueblos que se nutren de ilusiones patrióticas y alientan el mito del Estado. Hasta un científico connotado, Eduardo Holmberg, coincidía en denunciar los atropellos cometidos durante el siglo pasado; un siglo esencialmente utilitario, desprovisto de inquietudes filosóficas, en el cual se ensayaron sin éxito las más diversas formas de gobierno y tentativas religiosas:

la Humanidad pasa actualmente por un período crítico, violentísimo, porque todas las fuerzas inteligentes, unidas a las fuerzas brutas, se han acumulado, se han aglomerado en este momento histórico, que podemos llamar la aurora del siglo XX, pero de un modo ciego, porque se han aglomerado sin ideal [...] por todas partes el fierro, el noble fierro que marcó la prístina etapa del mayor progreso, se halla colocado al servicio de la crueldad y de la matanza; y el cerebro, esa nobilísima pasta encerrada en el cráneo, y que llegó un día en sus fulguraciones sublimes hasta crear un Dios para el consuelo y la esperanza, e inventar las matemáticas que son

²⁷ V. Arreguine, *Estudios Sociales*. 2a.edic. B. Aires, La Semana Médica, 1907.

*la encarnación del Infinito, torturándose
para inventar nuevas crueldades, nuevas
cadenas y nuevas hipocresías*²⁸

A diferencia del sentir hegemónico de la época, Holmberg desestima la relevancia de los notables en la transformación histórica y reivindica el papel creador de los sectores desposeídos.

Raza, civilización y moralidad

Según Robert Nisbet, antes de concluir el siglo XIX, millones de occidentales creían que el progreso, asociado con el poderío, implicaba un alto contenido etnocéntrico, mientras que influyentes ideólogos habían trazado una estrecha identificación entre el primer término y las características raciales, a las cuales les imputaban los triunfos y los fracasos en el acceso de la humanidad hacia formas más perfeccionadas. En esas concepciones, pretendidamente científicas, la raza aria, en su variante germánica y anglosajona, denota una franca superioridad tanto física como mental.

Dicha estimativa, acompañada por la potencia arrolladora que trasuntaban las naciones nordatlánticas, imbuidas de tales atributos, produjo una abundante bibliografía justificatoria que no dejó de manifestarse hasta en los países más afectados por ese estereotipo discriminatorio. Así, durante la década de 1890 no faltaron en América Latina — un continente postrado por la mezcla con raleas subalternas— quienes veían en los Estados Unidos a una hermana mayor, adalid de las libertades civiles y religiosas, vanguardia de la civilización

²⁸ E. Holmberg, “De siglo a siglo”, *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 52, 1901.

moderna, la ciencia, la industria y la educación:

*¡Yérquete justa y libra al oprimido!
¿No eres la libertad?
Y aclamen tus hazañas esta gloria,
Madre de Lincoln, Washington y Grant,
Hija robusta de Hércules y América!
¿Qué idea americana no te aplaude?
¿Qué americano pecho no se ensancha?
¡Oh, si hay alguno que tu nombre insulte
Habrá nacido para ser esclavo
Mas yo te grito: Hurrah!
¡Hurrah! que airada a castigar te aprestas
La avaricia despótica de España!*²⁹

En una tesitura similar, tras la fulminante victoria norteamericana en Filipinas y el Caribe, se publican hasta en la misma España diversas obras que exaltan las cualidades anglosajonas y de los países septentrionales frente a las culturas restantes. Entre esas piezas antológicas se halla un libro del ensayista León Balzagette, *El problema del porvenir latino*, publicado en la Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales, orientada por una tónica institucionista pero que sin embargo ya había editado otros trabajos similares al del autor francés. Las propuestas de Balzagette, bajo supuestos organicistas, plantean la necesidad de regenerar la idiosincrasia latina, el genio nativo, sumido en una corrupción racial que le obstaculiza el ingreso a la modernidad. Entre los principales lastres en cuestión se encuentra el apego a la tradición romana y a la raigambre asiática, lo cual configura una auténtica patología con los siguientes rasgos caracterológicos: verbalismo e inacción; misticismo, sentimentalismo y ensoñación; brutalidad y afeminamiento. Un estilo de vida regido por las apariencias, las formalidades y la rutina le impide al latino captar la realidad y modificarla. A ello se le añaden

²⁹ G. Stock, “A la República Norteamericana”, *La Quincena*, 6, 1898.

diversas particularidades: la majestuosidad de los italianos, la infatuación ibérica y el chovinismo francés. Incapaces de adaptarse al régimen democrático y aferrados a una religión infantil como el catolicismo, los pueblos latinos, de contextura braquicefálica, representan el factor antieuropeo. En cambio, los pueblos nórdicos, arios puros, denotan una notoria supremacía biológica porque responden al tipo dolicocefalo rubio, son sanos y robustos, resueltos y emprendedores, inteligentes y científicos. El siglo XIX constituye una edad maravillosa, porque en él se ha gestado la civilización occidental y, con la decadencia latina, se ha sellado la derrota del espíritu oriental en el Viejo Continente.

Para la distopía espartana de Balzagette, sólo una terapia muy intensiva permitirá reducir la extrema gravedad de los síntomas y eliminar el veneno mediante una laboriosa creación *ex novo* pero alejada de la vía jacobinista. Se partirá fundamentalmente de la reconstitución corporal de una raza exangüe y degenerada, educando a los niños con los mismo recaudos que se adoptan en la cría de caballos y perros cotizados. Las madres serán vigiladas por comités médicos y se prohibirá el matrimonio de quienes ignoren la puericultura. Los establecimientos instructivos se instalarán fuera de las ciudades, siendo los principales medios pedagógicos el aire libre, la gimnasia y el agua fría para aumentar las resistencias. Gran importancia revestirá la hidroterapia y la prohibición del alcohol, se apelará a la selección artificial, inhibiéndose la reproducción de los retardados, aislando a los discapacitados y fomentándoles toda clase de vicios para aniquilarlos rápidamente. Sólo se alienta la unión de personas antropológicamente superiores para que engendren un pueblo nuevo sin sujetos pusilánimes ni neurasténicos, esmirriados o deformes. También se prevé la reforma mental,

mediante una enseñanza adogmática a cargo del Estado, basada en conocimientos concretos, en el aprendizaje no de ideas sino de hechos, con un máximo de vitalismo y cientificidad. Un plantel de eugénicos se enviará a países más adelantados donde vivirán en distintos hogares para integrarlos a una sociedad muy diferente y para lavar el cerebro latino de las falsedades que le oprimen. Junto con la refundición física y mental, se preconiza por último la purificación religiosa para extirpar el sólido resabio del catolicismo, cuyo culto será interdicho, expropiándose los edificios de una Iglesia que durante muchos siglos ha contrariado el interés comunal para reemplazarlos por la Casa del Pueblo.

Según Balzagette, todo ello constituye la única salida beneficiosa para deslatinizar, debiendo obviarse cualquier reclamo de libertad cuando ella es utilizada con fines nocivos. No obstante, el latino carece en ese esquema de suficiente capacidad como para salvarse sólo, siendo indispensable que se lo dirija y se lo obligue. Nos movemos aquí dentro del más dilatado spencerismo social, donde, por una férrea ley de la supervivencia, los inservibles deben ser eliminados, así como las naciones anacrónicas tendrán que someterse a las más adelantadas, como es el caso de la formación social inglesa que encarna a la civilización industrial con su empuje irresistible: "Desde el fenicio al americano del Norte, desde el galo al boer, todos los grandes pueblos del mundo son y serán sucesivamente beneficiarios y víctimas de esta ley"³⁰. Consiste en una "verdad cósmica" que para que unos países nazcan y se expandan es preciso que otros se reduzcan y desaparezcan; al avance de los unos corresponde fatalmente en el universo el descenso de los otros. La inferioridad de un pueblo se determina por su ineptitud para explotar los recursos que la naturaleza le ha proporcionado

generosamente, verificándose además un abismo insalvable entre las élites y la masa.

Otros enfoques tienden a rechazar la sustentación teórica de tales afirmaciones, relativizando las diferencias raciales y la creencia en el progreso como la victoria de los más fuertes. Con ello se replantea el concepto de civilización y la misma idea de superioridad que la alimentaba. Por una parte, se trata de establecer varias distinciones:

- entre atraso —un estado con posibilidades de ascenso o mejora— e inferioridad, como condición intrínseca que imposibilita elevarse;
- entre desarrollo cerebral —que depende de la configuración biológica— y desenvolvimiento económico y político, fundado en las aptitudes humanas;
- entre verdades científicas —que apuntan al orden físico— y verdades sociales, mucho más indeterminadas.

Si la naturaleza cabe ser homologada con la fuerza y la puja por la existencia, la civilización supone en cambio proteger a los desamparados. Para juzgar el grado civilizatorio de una colectividad habrá que tener en cuenta al hombre interior. Así, en pueblos considerados bárbaros o salvajes, como los cafres, cabe apreciar nociones y sentimientos que sobrepasan su estado material. Pueden poseerse muchos productos industriales y empleárselos en un sentido perjudicial. La puja de todos contra todos y el triunfo del más agresivo resulta equiparable con la máxima anestesia ética. La moralidad no se halla reñida con ninguna raza ni época en particular ni tampoco es patrimonio indisputable de una única cultura:

Se ha exagerado más de lo debido la tendencia a mentir en el salvaje. Ella, si en

³⁰ L. Balzquette, *El problema del porvenir latino*. Madrid, Fernando Fe, 1904, p. 182.

*parte es cierta, depende de lo mucho que a su vez han sido engañados por las 'razas superiores' y del temor de que se los interroge con el fin de perjudicarlos. La civilización, en una sola de sus fases, la mercantil, miente más que todos los salvajes del mundo*³¹

*los medios de destruirse los seres humanos progresan bastante, y convenimos en llamar dato de civilización al cierre automático de la recámara de una pieza de artillería o al invento de un nuevo explosivo bélico, confundiendo así el simple desenvolvimiento de una actividad con la idea de civilización, cuyo significado deberíamos dejar para expresar progresos morales con preferencia a éstos, que sí dan el poder de subyugar a los débiles, a dominar al mundo y de obtener provechos, no encarnan ideas de justicia, de cordial benevolencia, de piedad, de fraternidad humana, de derecho, ni de perfección, en definitiva las únicas que pueden hacernos amar la civilización de nuestros días; casi las únicas capaces de superiorizar al hombre, desprendiéndolo de su pasado miserable, y acercarlo a la paz universal, a la tolerancia, al dominio de sí mismo, a un estado, en fin, por el cual han suspirado los moralistas sanos de todos los tiempos, desde Budha hasta Jesús, desde Jesús a León Tolsto*³²

³¹ V. Arreguine, *Estudios...*, p. 48.

³² V. Arreguine, *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones*. B. Aires, La Enseñanza Argentina, c. 1900, pp. 47-48.

Más allá de esos replanteos mediatizadores y manteniéndose en mayor o menor medida la apelación a las razas, se señalaron importantes semejanzas entre el componente anglosajón y el elemento latino, pero ahora resaltando sensiblemente las virtudes de este último. La mentalidad inglesa refleja una tónica inescrupulosa y pseudo-humanitaria, pues se ha volcado como nadie a la carrera belicista y colonialista. A diferencia del francés, los ingleses no se baten por los derechos universales sino que actúan en función de una causa inmediata y circunscripta; entre ellos serían inviables figuras como las de Bolívar o Garibaldi. Tampoco se convalida la educación inglesa, a la cual se le solía adjudicar el primado anglosajón en el mundo: “Educar hombres como se educan caballos de carrera, para la eficacia individual en la lucha por la vida, cuidando en primer término del éxito [...] parece ciertamente muy utilitario y muy práctico. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que se corre el peligro de acercar el hombre a la fiera, dando preferencia sin limitaciones a las aptitudes de la *struggle for life*, y que el día que la totalidad de los humanos las hubiera alcanzado en su máximum, la lucha no por eso sería más favorable para cada cual. En cambio la concurrencia sería más activa y no imposible la disolución de los principales vínculos de confraternidad entre los hombres, por un exceso de individualismo, es decir de egoísmo”³³.

Tales apreciaciones fueron también especialmente dirigidas a los Estados Unidos, ese coloso que para diversos intelectuales de nuestra América aparece como una plutocracia expoliadora, inculta y genocida, que impone una política despreciable en el fin de siglo. Los yanquis representaban una amenaza para la civilización, por tratarse de unos plebeyos e impíos que conquistarían el

mundo guiados por su única religión nacional —el culto al dólar— y con una única legalidad: la voz de los cañones.

Contrario sensu, la raza latina exhibe un talante solidario y altruista, magnánimo y justiciero. Es una raza solar, creadora de naciones, descubridora de verdades, hacedora de las grandes innovaciones en arte, ciencia y filosofía. La misma avanza en una espiral interminable y sólo padece un eclipse momentáneo.

Dentro del exaltado espectro latino, se reservaba un espacio saliente a la alicaída “raza” ibérica, como signo de nobleza, honradez, hidalguía y generosidad. Todo ello se sostenía más allá de los factores regresivos e inherentes que trababan la evolución de España, cuya dilucidación era objeto de múltiples indagaciones, y más allá de la eludida responsabilidad de las autoridades peninsulares en el manejo de los asuntos exteriores, de la corrupción y del atraso internos. Tales filiaciones negativas, en vez de impedir, incentivaban los planteamientos de una alianza táctica de todos los integrantes de la mentada latinidad. Además de tenerse en cuenta una alternativa largamente desestimada, la creación de una confederación del centro y el sur del continente americano que hiciera frente al temible peligro yanqui, surgieron entonces posturas que favorecían el íntimo acercamiento de España con sus antiguas colonias —a partir de simbologías míticas como la de 1898— e inducían a propiciar una liga hispanista para combatir al invasor del Norte.

En relación a la contienda bélica entre Estados Unidos y España, Alberto del Solar compuso un largo y documentado alegato contra la doctrina Monroe, a la cual conceptuaba como una simple fórmula acomodaticia al servicio del proclamado destino manifiesto yanqui. Ese militar y hombre de

³³ *Ibid.*, p. 92

letras chileno trazó un firme contraste entre ambos países. España “descubrió mundos, civilizó razas, a quienes dio su sangre, su religión, su ingenio, sus leyes, y al transmitirles, así, parte de su propia vida, debilitó sus fuerzas y se consumió a sí misma”. En cambio, los norteamericanos, que miraban a sus vecinos del sud como semisalvajes, “después de recibir de aquélla a quien hiere hoy, el beneficio de la existencia en el suelo donde mora, viven allí destinados a desarrollarse a expensas de todo lo que le circunda”³⁴.

Por otro lado, ya antes de la guerra hispano-yanqui no faltaron en Argentina las expresiones que, frente a buena parte de la colectividad formada por aquellos emigrados peninsulares proclives a una Cuba española, defendían la emancipación antillana en voceros semanales como *Cuba Libre*, cuya recaudación estaba dirigida a los “patriotas cubanos heridos que luchan heroicamente por los mismos principios que San Martín, Bolívar, Sucre, Moreno y demás próceres americanos, la independencia de su patria” guiados por lemas martianos y morenianos como “El fuego que dejó encendida España no lo apagará jamás” o “Más vale una libertad peligrosa que una servidumbre tranquila”. Asimismo, en ese país los anarquistas, que mantuvieron contactos con los rebeldes cubanos desde 1891, criticarían tanto a España como a Estados Unidos con la esperanza de transformar la guerra en revolución.

Con todo, comenzaron a vislumbrarse otras postulaciones que, excediendo los lazos consanguíneos, acentuaban nuestra especificidad cultural y la posibilidad de producir una nueva raza, fruto de la fusión de todas. Gracias a ese conglomerado humano podría concretarse el viejo anhelo de

neutralizar las persecuciones, la violencia, la injusticia y el miedo. Se reivindica aquí la utopía americana que permitiría tanto abolir los estrechos patriotismos como facilitar el florecimiento de la libertad y la paz universal, supeditando los conflictos internacionales a la razón y no a la espada de los generales.

³⁴ A. del Solar, “La doctrina Monroe y la América Latina” en sus *Obras Completas*, tomo 6, París, Garnier, 1911, pp. 255-256.

III EL CIENTIFICISMO Y LA REACCIÓN IDEA- LISTA

Una concepción extendida

Se suele interpretar a la *mentalidad* o al *espíritu positivo* como una constante actitud filosófica que procura atenerse a los datos de la experiencia y a preocuparse por el medio circundante, mientras rehuye el intuicionismo, las verdades incontrastables y el empleo ilimitado de la razón. Si nos restringimos a la *doctrina* positivista como tal, que bajo distintas manifestaciones se extiende desde el siglo pasado hasta el presente, la misma cuestiona la apelación a nociones como las de sustancia, espíritu o materia —carentes de correlato empírico observacional—, a la vez que le resta alcance cognoscitivo a los juicios de valor y a los enunciados normativos, en tanto instancias autónomas extrasensibles. Dentro de dicho corpus ideatorio, se proclama la unidad primordial del método científico, que es asumido como modelo del conocimiento, minimizándose en este último sentido el papel del arte, la filosofía y la religión.

El positivismo clásico —sobre el que nos detendremos en particular—, además de constituir una manera de comprender la realidad, se ha perfilado también como un *modus operandi*, como un programa de acción dirigido hacia muy diversas instancias: "es un método y una filosofía que continúa desarrollándose en cada generación. Pero también es una política, es decir, una pragmática basa-

da en la ciencia social; una aplicación flexible de la teoría a la práctica. Muy poca cosa es la especulación ociosa que no echa raíces en el desenvolvimiento industrial, económico, estético y, sobre todo, moral de la especie³⁵.

Dentro de esa variante originaria, se exalta como paradigma científico a la experimentación, mientras el mundo de la naturaleza aparece como objeto emimente de estudio. Una creencia que fue notoriamente reflejada y difundida por la obra finisecular de Ernesto Haeckel. Según evocaba un testigo privilegiado de la época, se vivía bajo la omnimoda concepción de

*un universo que va diferenciándose en todas las esferas conforme a un ritmo que explica desde las oscilaciones de las moléculas hasta la elevación y caída de las naciones y la muerte de los astros [...] Si Darwin era Dios, Haeckel era su profeta [...] Era la Ciencia, abarcando la Naturaleza hasta los últimos límites de lo que solía distinguirse comúnmente por materia y espíritu.*³⁶

Imperan con ello las posturas naturalistas, evolucionistas o científicistas que moldean una antropología de base biológica, según la cual, en sus expresiones más crudas, el átomo, una colmena y la inteligencia animal no guardan más que distancias cuantitativas con el hombre, con su capacidad intelectual y con las civilizaciones más avanzadas. Ninguna de nuestras acciones, por excelsa que sea, escapa a los estímulos y leyes orgánicas.

La impronta positivista tuvo una singular resonancia en América Latina, donde no sólo logró arraigar con mayor energía que en otras latitudes sino que también excedió en predicamento, den-

tro ciertamente de la élite ilustrada, a todas las tendencias que se sucedieron después de la escolástica colonial. Salvo en el dominio de las cosmovisiones aborígenes, hasta que se produce la recepción del positivismo puede hallarse un pensamiento entre especular y asimilativo, mientras que con la adopción de ese ismo empiezan a producirse, en ciertos países iberoamericanos, considerables montos de innovación reflexiva.

En la mayoría de tales naciones, el positivismo precedió o acompañó el despegue científico respectivo durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del actual, distinguiéndose su afán por superar el subjetivismo y la especulación irrestricta mediante una metodología más rigurosa que enfatiza los datos de la experiencia y el medio circundante. Dicho movimiento se hallaba fuertemente impregnado por un talante prometeico que sostenía la perfectibilidad a través del cambio paulatino y la renovación incesante en los más variados órdenes de cosas. Junto a las posturas pesimistas que aludían a un pueblo afectado en nuestra América por su inferioridad étnica, el progreso y el orden adquirieron la dimensión de una idea portentosa que fue invocada por las dictaduras internas y los poderes transnacionales.

Pese a que la ideología positivista —difícilmente escindible de las expectativas burguesas— pudo ser asociada con los afanes hedónicos y lucrativos, uno de sus rasgos típicos se vinculan a la hipervalorización de la ciencia moderna y sus aplicaciones como correlatos automáticos del bienestar social, tal cual aparece en estos ilustrativos fragmentos extractados del discurso con el cual se inauguró en Buenos Aires, hacia 1905, ese centro doctrinario que fue la Universidad Popular:

³⁵ Maximio Victoria, *Análisis positivo de la plegaria*, B. Aires, Talls. Gráfs. Ferrari, 1930, p. 45.

³⁶ R. Giusti, *Visto y vivido*, B. Aires, Losada, 1942, pp. 84-5.

Tan sólo cuando las ciencias, dejando de entregarse a las abstracciones metafísicas, iluminando con criterio positivo la inteligencia de los artífices, es cuando todas las ciencias experimentales, la física, la mecánica, la química, la biología y otras, han podido marchar franca y atrevidamente por la magna vía de los progresos, suministrando a la industria humana y a los goces de la vida, en el breve espacio de un siglo, un tesoro de descubrimientos y de riquezas infinitamente mayor y más precioso, que todas las conquistas que el genio humano hubo realizado en los millares de siglos que precedieron al XIX. Demasiado largo sería querer narrar y describir con todos sus particulares detalles, los admirables descubrimientos de la ciencia. Pero, los más fecundos con que el hombre moderno ha estampado el sello indeleble de su dominación sobre el mundo físico, son, sin duda alguna, el vapor y la electricidad. El poder de concentración social que el vapor y la electricidad desarrollan, es estupendo! La unidad de pensamiento y de acción del mundo moderno, deja ya presentir un poder más vigoroso y extenso, que jamás se haya conocido. La unidad de las relaciones sociales a que nos encaminamos fatalmente, presagio de futuros destinos en beneficio de la libertad y de la prosperidad humana, es consecuencia pura y únicamente de la ciencia [...] Guardaos de creer que la ciencia seca el corazón del hombre e inspira una egoísta vanidad; lo que inspira es la modestia, la temperancia, el respeto a las opiniones ajenas, es decir, la tolerancia. La ciencia jamás ha levantado hogueras para aniquilar a sus adversarios; no los ha condenado al infierno, ni en este mundo ni en ningún otro. Lo que

la ciencia enseña, es el amor de los semejantes y de la verdad; el deber de tratar de realizar este amor, conformando nuestra vida y nuestros actos a las leyes de nuestra naturaleza

Apelamos también a dos vívidos testimonios personales donde no sólo se verifica la penetración llevada a cabo por el positivismo en nuestro medio sino que además se transparenta en ellos la verdadera fascinación que provocó la lectura de los autores positivistas junto a la íntima identificación que se establecía entre tales autores y el trabajo científico en sí durante la época en cuestión:

*La impresión que recibí fue extraordinaria; sentí que el edificio de mis creencias caía y que sobre los escombros se levantaba otro, sólido y soberbio. Busqué ávidamente el libro de Buchner [Fuerza y materia]; su lectura fue una revelación devoradora. Me iniciaba así en la comprensión de la naturaleza, brutalmente, a hacha y martillo*³⁷

Los recuerdos de mi adolescencia se ligan sobre todo a los maestros del positivismo: Renan, Guyau, Herbert Spencer, Augusto Comte: los leí siendo casi un niño y se adueñaron de mí profundamente [...] sus normas metodológicas encierran un gran contenido ético: expresan la moral del desinterés, desde que proclaman el acatamiento de lo objetivo, la sumisión a la razón austeramente gobernante [...] Me imaginaba a los investigadores científicos, a los hombres de laboratorio y a los hombres de la nueva ciencia histórica [...] como a heroicos caballeros del desinterés que defendían a la verdad contra quienes,

³⁷ V. Mercante, *Una vida realizada*, B. Aires, Impr. Ferrari, 1944, p. 84.

³⁸ C. A. Erro, *Diálogo existencial*, B. Aires, Sur, 1937, pp. 13, 14-5, 181.

*con avaricia, pretendían hacerlo interesadamente para acomodarla a sus deseos.*³⁸

No obstante la relevancia ideológica e institucional del movimiento en cuestión, algunos abordajes primigenios como los acometidos por Leopoldo Zea, prepondera la carencia de estudios comparados de largo aliento entre las distintas variedades positivistas que tuvieron lugar en Latinoamérica. A tal limitación debe añadirse la disparidad que guardan los exámenes sobre el positivismo en cuanto a los diversos países continentales. Mientras se han encarado indagaciones de bastante envergadura para algunos casos nacionales — México, Venezuela, Brasil—, en otros sólo se encuentran productos escasamente elaborados, o en una etapa intermedia como ocurre con el mismo ejemplo argentino. Por ende, los paralelismos y diferencias que se pueden enunciar en esa materia rozan el terreno de las generalizaciones provisionarias.

Dentro del contexto latinoamericano, suelen reconocerse como figuras positivistas centrales a Gabino Barreda y Justo Sierra (México), Eugenio María de Hostos (Puerto Rico), José Varona (Cuba), Gil Fortoul (Venezuela), Luis Pereira Barreto y Tobías Barreto (Brasil), Manuel González Prada (Perú), Benjamín Fernández e Ignacio Bustillo (Bolivia), Jorge y Juan Lagarrigue (Chile), José Pedro Varela (Uruguay), José Ingenieros y Carlos Octavio Bunge (Argentina) junto con diversas personalidades más. Entre ellas no faltó la presencia femenina, como fue el caso de las escritoras peruanas Mercedes Cabello y Margarita Práxedes Muñoz, quienes contribuyeron en distinta medida a propalar el comtismo por varios países del Cono Sur.

En América Latina el positivismo de escuela no sólo irrumpió en períodos diferentes, según se trate de una nación u otra, sino que también cabe ad-

vertir vertientes doctrinales disímiles aún en países muy cercanos entre sí. Verbigracia, en la Argentina el positivismo no tuvo el carácter salvífico que evidenció en Chile y Brasil, donde hasta llegó a concebirse como un apostolado con clubes y templos encargados de difundir la nueva Religión de la Humanidad que postulaba soluciones para alcanzar la felicidad colectiva. Además, la recepción y oficialización del positivismo más o menos ortodoxo se habría producido en el primer caso bastante después que en otras naciones latinoamericanas —como México, Brasil, Chile y el mismo Uruguay. Por otra parte, los ejemplos chileno y brasileño resultan sintomáticos en cuanto a la dilatada permanencia del ideario positivista, pudiendo observarse cómo subsisten todavía en el Brasil partidarios de ese sistema que celebran encuentros específicos donde se manejan con el inveterado calendario comtiano.

El caso argentino

A diferencia de lo que aconteció en otros países mas conectados a una singularidad filosófica, en la Argentina confluyen una multiplicidad de inflexiones doctrinarias, puesto que, además del comtismo, deben tomarse en cuenta, como sugirió Alfredo Ferreira, a darwinistas, lamarckianos, spenceristas, pasteurianos, lombrosianos e inclusive a numerosos investigadores científicos. Las figuras dominantes del positivismo argentino incursionaron además por muy variados campos del saber, proyectándose hacia el ámbito europeo, tanto a través de sus actuaciones personales como mediante su propia obra, que allí fue no sólo discuti-

da sino hasta volcada a diferentes idiomas. Además de dinamizar muchas publicaciones, instituciones y prácticas científicas, la escuela positiva vio expandirse sus presupuestos conceptuales en esa nación sudamericana. La amplitud doctrinaria que ofrece este caso específico haría hablar más de *positivismos* que del positivismo, con diversas líneas, períodos o acontecimientos.

Si bien no existen todavía estudios minuciosos que permitan establecer evaluaciones bien fundadas sobre la influencia en la Argentina de autores como Comte o Spencer (tampoco se han difundido trabajos decisivos sobre la repercusión de Stuart Mill, Büchner, Haeckel, Wundt, Le Dantec o Fouillée, aunque el panorama es más satisfactorio en cuanto a la presencia de Bentham, Darwin, Taine o Renan), puede aceptarse la usual distinción entre dos sectores inspirados allí por cada uno de esos pensadores. El grupo que respondía a la filosofía comtiana estaba compuesto por Alfredo Ferreira, Víctor Mercante, Maximio Victoria, Alejandro Carbó, Leopoldo Herrera, Angel Bassi, Rodolfo Senet y otros integrantes de extracción comúnmente normalista —e.d. proveniente del magisterio—; mientras que la otra fracción —integrada por universitarios como Eduardo Holmberg, Ernesto Quesada, José N. Matienzo, Rodolfo Rivarola, Luis María Drago, Francisco y José Ramos Mejía, Horacio y Norberto Piñero, Francisco de Veyga, los Bunge o Ingenieros— se alineaba en torno al monismo naturalista de corte spenceriano y cultivaba diferentes disciplinas con un enfoque genético.

Con todo, tales ascendientes y otros similares no pueden tomarse en un sentido demasiado estricto, pues en reiteradas ocasiones los exponentes argentinos procuraron sobrepasar a sus grandes maestros de ultramar o desembocaron en variantes más permeables a la metafísica y al propio misticismo. Así como se han advertido las similitu-

des de nuestros positivistas con las ideas troncales de Spencer, Comte, Darwin, Taine o Lombroso, también se ha marcado sus distanciamientos, con lo cual nuestro positivismo se ubica más allá de las imputaciones que recibió de constituir un simple remedo europeo.

Entre las huellas dignas de ser mencionadas figura, durante el siglo pasado, la producción científica de Florentino Ameghino, José María Ramos Mejía y Pedro Scalabrini. En el campo del derecho, junto a la creación hacia 1888 de la Sociedad de Antropología Jurídica —próxima a la escuela italiana—, se encuentran las obras pertenecientes a Antonio Dellepiane, Luis María Drago, Rodolfo Rivarola, Francisco Ramos Mejía o Cornelio Moyano Gacitúa. Los pedagogos Maximio Victoria y Víctor Mercante se ocupan de exponer en público o por escrito los principios generales del comtismo y el primero de ellos también traduciría parte de la literatura comtiana antes de finalizar la centuria. Entre las publicaciones periódicas decimonónicas que responden al positivismo hay varias de corte didáctico —*El Escolar Argentino*, *La Nueva Escuela*, *La Educación*— y otras más enciclopédicas como la *Revista Sarmiento*, la *Revista de Derecho*, *Historia y Letras* o *La escuela positiva*, la que más orgánicamente reflejó entonces los principios doctrinales en cuestión.

En lo que va del siglo XX el panorama positivista argentino se enriqueció notoriamente al publicarse, por ejemplo, las obras completas de varios intelectuales cercanos a esa orientación: Ameghino, C.O. Bunge, Juan A. García, Joaquín V. González, Ingenieros, Raúl Orgaz, Ponce y, en una versión menos unitaria, Agustín Alvarez. En los primeros decenios aparecen distintos trabajos de mayor o menor peso y sugestión, v.gr., los volúmenes historiográficos de Juan B. Justo y Lucas Ayarragaray, los estudios sociológicos de Ernesto

Quesada, Alfredo Colmo y Leopoldo Maupas, quien también se distinguió en el dominio epistemológico; las investigaciones psicológicas de Horacio Piñero, Rodríguez Etchart, Alberto Palcos o Rodolfo Senet; las disquisiciones sobre el hombre de genio escritas por Hernán Mandolini y Carlos Sfondrini; la obra de Clemente Riccj en torno al fenómeno religioso; los *Ensayos de Ética* de Alfredo Ferreira; la narrativa de Eugenio Cambaceres, Francisco Sicardi y otros escritores naturalistas; etcétera.

También se suceden las corporaciones y las revistas inspiradas por el positivismo. Una de ellas, como la ya aludida Universidad Popular, fundada a comienzos de siglo, tenía como lema primordial el "popularizar la ciencia [...] con criterios y métodos positivos" que sirvieran para resolver "los grandes problemas de la vida". Durante esa época, se crean asimismo entidades como la Academia de Filosofía y Letras, el Instituto de Criminología, la Sociedad de Psicología y un nucleamiento típicamente doctrinario: el Comité Positivista Argentino, inaugurado hacia 1924, el mismo año en que se habilita el Centro Positivista de San Pablo; comité que tuvo una revista que logró imprimir cerca de 80 números. Tampoco pueden omitirse los *Archivos de Criminología*, creados por Ingenieros, ni la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, conducida por Rivarola, o los *Archivos de Pedagogía*, editados por Mercante en La Plata. El movimiento positivista contribuyó a lanzar las primeras revistas científicas de relieve en diferentes especialidades.

Asimismo, distintos positivistas fueron homenajeados con volúmenes evocativos, como ocurrió con C.O. Bunge, Ingenieros, J.V. González, Maximio Victoria, José María Ramos Mejía, Ponce y otros; tampoco cabe desestimar la incidencia que pudieron ejercer en los cuadros doctrinales internos diversos extranjeros, no ajenos a dicha orientación, que estuvieron vinculados con la Argentina:

Albert Einstein, Enrico Ferri, Anatole France, Pietro Gori, Christofredo Jakob, Lucien Lévy Bruhl, Georg Nicolai, Max Nordau y muchos otros más. Pese al tardío ingreso del positivismo de escuela, allí se dio como en pocos otros lugares una verdadera renovación que llevó a prolongar el panorama mundial en la materia.

Más allá del problema sobre el europeísmo y la subordinación cultural, los positivistas argentinos facilitaron que se conociera su nación más allá del aspecto puramente comercial. Sus obras fueron traducidas en distintos idiomas (alemán, francés, italiano, inglés, ruso, portugués) y prologadas por significativas personalidades (Ostwald, Lombroso, Unamuno). También publicaron en revistas extranjeras y participaron en encuentros internacionales junto a lo más granado del pensamiento occidental, como es el caso de Ingenieros y el congreso de Psicología de 1905 en Roma, donde aquél presidió a temprana edad la sección de psicopatología. Algunas manifestaciones sintieron los halagos del reconocimiento exterior, como aconteció con la escuela penal argentina, con la obra psicopedagógica de Mercante o con el nombramiento de Ferreira como vicepresidente del Comité Positivista Mundial con sede en París. Paralelamente, se fue buscando el perfeccionamiento en centros universitarios de prestigio, como pudieron hacerlo Ernesto Quesada en la Sorbona, Carlos Bunge en Oxford, Ingenieros en Heidelberg, Horacio Piñero en Leipzig, o Ernesto Nelson en Columbia.

Pese a las contrastantes desviaciones antihumanistas que el positivismo esgrimió en nombre de las ciencias, ¿cómo desconocer que éstas disfrutaron durante su reinado de una promoción inusual? La sucesión de nuevas instituciones científicas, la creciente formulación de hipótesis y el esbozo de distintas teorías, junto al auge de la experimentación, se vieron secundados por el avance

positivista entre nosotros. Además del empuje que recibieron las postergadas ciencias naturales, bajo el impacto provocado por la causalidad física o los mecanismos evolutivos, un efecto similar se produjo en el campo de las ciencias sociales.

Fuera de la limitación inherente a los presupuestos conceptuales y a los resultados prácticos, afloraron la psicología, la psiquiatría, la criminología para medirse osadamente con las enfermedades mentales y con variados aspectos de la vida anímica. La sociología y su problemática específica también cobraron ciudadanía universitaria e intelectual. Manifestaciones positivistas como las del derecho penal se hicieron sentir hasta en la propia Europa académica. La difusión del normalismo, la creación en La Plata de la primera Facultad sudamericana de educación y otras medidas coincidentes favorecieron una enseñanza acorde con las tendencias modernizadoras del momento. Si bien destacados positivistas levantaron las consignas de la selección natural, la lucha por la vida y el antagonismo étnico, preconizando el abandono o la eliminación de los sectores menesterosos de la población, otros líderes y simpatizantes del movimiento vernáculo reivindicaron, por ejemplo, el carácter civilizado de nuestros aborígenes y objetaron las derivaciones genocidas del socio-darwinismo.

Los retadores

Pese a que se trata de un fenómeno que no ha recibido un análisis tan sistemático como el de otras manifestaciones filosóficas previas al mismo —faltan *v.gr.* hasta ahora libros específicos para dar cuenta del panorama sobre el particular en cada país latinoamericano y mucho más respecto del cuadro continental en su conjunto—, se entiende usualmente por reacción antipositivista a la batalla que, hacia fines del siglo XIX, comenzaron a librar una gran variedad de corrientes y tendencias contra ese poderoso enemigo común que estuvo encarnado por el naturalismo y el cientificismo.

Además de representar una problemática estrictamente filosófica, dicho enfrentamiento intelectual debe ser ponderado dentro del marco social en el cual emerge y reaccúa; marco que, para el caso latinoamericano, comprende asuntos de tanta magnitud como la penetración imperialista, el predominio oligárquico, el ascenso de la clase media y el surgimiento del proletariado, junto a los cuales hay que tener en cuenta una serie de expresiones ideológicas concomitantes: liberalismo, nacionalismo, populismo, variantes socialistas...

La lucha antipositivista como tal no puede desvincularse de diferentes acontecimientos políticos, económicos o culturales que tuvieron lugar dentro o fuera de nuestro continente: Revolución Mexicana, Primera Contienda Mundial y posguerra, Revolución Rusa, Reforma Universitaria y otros episodios que contribuyeron a poner en tela de juicio la afianzada creencia en el mejoramiento gradual y pacífico de la humanidad, al tiempo que permitieron contradecir el liderazgo inapelable proyectado sobre una determinada dirigencia étnica, social o generacional.

Durante ese entonces se subestimaron y combatieron una serie de inflexiones, modalidades y

disciplinas que cumplían un papel privilegiado: desde el intelectualismo, el experimentalismo y el organicismo hasta el agnosticismo, el escepticismo, el cosmopolitismo, la vida urbana, la frenología y la psiquiatría. Diversos pasajes ejemplifican un estado de ánimo que, en mayor o menor proporción, censuraba la atmósfera positivista y su prédica materialista:

*La comparación de una sociedad humana con un organismo es más antigua que Spencer, Bacon y el mismo Aristóteles [...] Puede que los sociólogos modernos se excedan en su cotejo de la circulación comercial con la vascular, o de la administración nacional con el sistema nervioso [...] Pero no debe echarse en olvido que estas aproximaciones son metafóricas y provisionales; sobre todo conviene no abusar del paralelo*³⁹

*Me había matriculado en la Facultad de Leyes, por eliminación [...] Hubiera querido ser oficialmente, formalmente, un filósofo, pero dentro del nuevo régimen comtiano, la filosofía estaba excluida: en su lugar figuraba, en el curriculum, la sociología. Ni siquiera una cátedra de Historia de la filosofía se había querido conservar. Se libra la guerra a muerte contra la Metafísica*⁴⁰

*¡Triste período de la historia, donde se creyó dominar por la razón y por la ciencia el misterio de los cielos y demostrarse con métodos de laboratorio el enigma espiritual de los hombres!*⁴¹

Entre los rasgos propios que cabe observar en

el antipositivismo figuran:

- revaloración de la metafísica y la religiosidad, del espíritu y la conciencia;
- diferenciación entre filosofía y ciencia, entre naturaleza y sociedad;
- humanización de la experiencia y del universo;
- rescate del desinterés y de la heroicidad.

Asimismo, se insinúan en este conglomerado ideológico algunos principios y categorías fundamentales, reñidos con la canónica positivista, como los de vida y espontaneidad (frente al mecanismo y al hábito), totalidad (ante el análisis y la descomposición), libertad (creativa pero también ordenadora) y temporalidad (múltiples dimensiones del tiempo).

Las vertientes que, en un grado mayor o menor, se contrapusieron a la cosmovisión positivista fueron desde el krausismo, el vitalismo (Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Spengler, Unamuno, Ortega) y el pragmatismo (James, Dewey), el neokantismo, el neohegelianismo (Croce, Gentile) hasta el marxismo y el neotomismo (Maritain), sin dejar de alcanzar distintas estribaciones fenomenológicas (Husserl, Scheler) y existenciales (Heidegger, Sartre). Como regla general, cabe aludir a la influencia predominante de las direcciones esteticistas, voluntaristas y emotivistas.

Pueden citarse, entre los exponentes latinoamericanos que han criticado al positivismo, a Carlos Vaz Ferreira y José Enrique Rodó en Uruguay, José Vasconcelos y Antonio Caso en México, Alejandro Deustua y Francisco García Calderón en Perú, Alejandro Korn y Coriolano Alberini en Argentina, Enrique Molina en Chile y Silvio Romero

³⁹P. Groussac, "La paradoja de las ciencias sociales" (1896), citado por M. Stabb, *América Latina en busca de una identidad*, Caracas, Monte Ávila, 1969, p. 56.

⁴⁰J. Vasconcelos, *Ulises criollo*, México, Botas, 1937, p. 199.

⁴¹J. M. Rohde, "El novecentismo", *Ideas*, 14, 1917.

en Brasil; mucho de los cuales llegarían a ser considerados como fundadores o pioneros de nuestra filosofía continental. A título ilustrativo, mencionamos dos ámbitos que resultaron muy sugerentes durante las lides antipositivistas.

Por un lado, se destaca la labor trascendental que llevaron a cabo los integrantes del Ateneo mexicano de la Juventud. Desde esa tribuna se emprendió un cuestionamiento a fondo tanto de la dictadura de Porfirio Díaz y sus basamentos positivistas como de la inmoralidad evidenciada por los sectores dirigentes. Sin excluir el valor alternativo de las utopías, los ateneístas dirigieron su atención hacia la soberanía popular y hacia la revalorización del pensamiento iberoamericano en conexión con el legado humanista clásico, imprimiéndole una raigambre regional a la ciencia y al saber.

Otro embate frontal que sufrió el positivismo en Latinoamérica se produjo dentro de la ciudad argentina de La Plata, cuya universidad había sido creada bajo un modelo de innovación académica que se apartó de la inveterada salida profesionalista para hacer hincapié en la investigación científica y experimental, convirtiéndose en baluarte de dicha orientación doctrinaria. Un espacio decisivo, donde se dieron cita las mejores plumas del antipositivismo continental, fue levantado por la revista platense *Valoraciones*, en cuyo número inicial —de 1923— puede leerse esta declaración de principios:

En los tiempos actuales, la fantasía y el pensamiento de los hombres son muy diversos de los de aquellos que veían en la novela experimental la más completa manifestación del arte, y en la espesa filosofía positivista la totalidad del espíritu humano. Esa nueva fantasía y ese nuevo pensamiento, que nos llegan traídos por

una amplia y poderosa corriente de humanismo, hemos de recoger en estas páginas, afirmando así, sobre una sólida base idealista, nuestra posición estética y filosófica

En la Argentina, así como el positivismo cosechó fuertes simpatías también despertó grandes resistencias, algunas de las cuales todavía pueden verificarse en la actualidad. Diversos católicos estuvieron entre sus primeros adversarios: desde José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Manuel D. Pizarro, Carlos Gómez Palacios y Nemesio González hasta Joaquín Lejarza, José M. Liqueno, Luis Martínez Villada, César Pico, Antonio Rodríguez y Olmos o Tomás Casares. Sectores no profesionales —como el Colegio Novecentista, la Sociedad Kantiana o revistas como *Inicial*— también atacaron al positivismo. Junto a las impugnaciones que trajeron desde el exterior figuras como Ortega, D' Ors y García Morente, en el plano local Macedonio Fernández, Coriolano Alberini, José Gabriel, Homero Guglielmini, Carlos Cossio, Saúl Taborda, Carlos Astrada, Vicente Fatone y muchos otros más acompañaron la prédica antipositivista, estimulada por los rebotes idealistas y románticos.

Un motivo polémico que aún aguarda su investigación pormenorizada se vincula con las interpretaciones más socorridas de ese singular movimiento americanista simbolizado por la Reforma Universitaria. Tanto la versión tradicional, coetánea a ese episodio, como los enfoques que se dieron con ulterioridad al mismo acontecimiento, han insistido en sostener la tesis sobre el carácter marcadamente idealista y espiritualista que habría servido para motorizar una gesta por el estilo y con tanto protagonismo juvenil. De tal manera, se ha pretendido asociar en forma indisoluble los orígenes

nes y el sentido del movimiento reformista estudiantil con la pugna antipositivista en cuestión. Un trabajo de Arturo Andrés Roig⁴², aun sin ocuparse de la polémica historiográfica subyacente, a la cual aludimos, aporta fecundas observaciones sobre el heterogéneo trasfondo ideológico que ha acompañado la génesis de dicho movimiento institucional.

Estimativa

Entre los elementos más rescatables que trajo consigo el positivismo latinoamericano —y el argentino en particular— tenemos algunos de carácter formal o epistemológico: el haberse alejado de los encuadres puramente ensayísticos para intentar un examen más riguroso, profundo y original de la realidad física y social; la apertura de la filosofía a las ciencias fácticas junto con el esfuerzo por establecer una mayor continuidad entre lo humano y lo natural, o la misma búsqueda de condicionantes extrateóricos en el conocimiento. A despecho de lo que han sostenido diversas imputaciones superfluas o tendenciosas, nuestros positivistas no repudiaron al unísono el patriotismo, los valores populares y autóctonos, las fuentes hispánicas o el espíritu religioso. Y si bien predominó una tónica individualista, contrarrevolucionaria, etnocéntrica y antiamericana, cabe referirse a otras voces disonantes dentro del mismo movimiento que formularon opciones hacia los estratos indigentes, por el socialismo o hasta por el propio indigenismo.

Sin embargo, pese a los avances científicos que promovió el positivismo entre nosotros y pese

a haber cumplido una función menos conservadora que la que tuvo en Europa —exceptuando a España—, sus aspectos problemáticos se erigen en obstáculos insalvables para constituir una visión filosófica emancipadora. Más allá de las insolubles dificultades semánticas que plantea el discurso positivista y que resultan tan significativas para la misma óptica en cuestión, nos topamos con un fuerte lastre deshumanizador, donde convergen los planteos tecnocráticos y la discriminación racial, la justificación de la dependencia frente a diversos centros de poder, la adopción de actitudes aristocráticas y jingoístas. En definitiva, las versiones hegemónicas, mediante nociones equívocas, tendieron hacia el reduccionismo bio-psíquico o hacia el determinismo telúrico.

Si bien la reacción contra el positivismo tuvo características virulentas y rayanas en la diatriba, los mejores exponentes de esa misma reacción, lejos de repudiar integramente al ciclo positivista, transmitieron su reconocimiento y extrajeron un balance más ecuánime en cuanto a la significación jugada por aquella etapa intelectual; sin dejar tampoco de llamar a veces la atención sobre las limitaciones e inconvenientes que podía ocasionar el rotundo menosprecio hacia ese otro momento cultural:

*La iniciación positivista dejó en nosotros [...] su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas [...] la cuidadosa adaptación de los medios a los fines [...] el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación.*⁴³

⁴² A. A. Roig, "Deodoro Roca y el manifiesto de la Reforma de 1918", incluido en su libro *La universidad hacia la democracia*. Mendoza, EDIUNC, 1998.

*Cumplida su misión, en buena hora perezca el positivismo como teoría filosófica amoral, anti-social y anti-estética, pero —y esto es lo importante— subsistan sin desmedro dentro de su esfera propia los métodos positivos, guías de la investigación y disciplinas de la mente. Su abandono implicaría una recaída en la declamación romántica, funesta sobre todo en las ciencias históricas y sociales.*⁴³

A la postre, pese al legado que dejó el positivismo en nuestra América, sobre todo en cuanto a la búsqueda de formas menos tradicionales para el conocimiento y la acción, no pueden soslayarse sus excesos reduccionistas que lo hicieron caer en el mecanicismo, el fisiologismo y el etnocentrismo. Mientras la concepción positivista endiosó a la ciencia y a la tecnificación, cayendo en la quimera de que ello traería un abundante bienestar material, un régimen político por antonomasia y hasta el más alto grado de moralidad. Las corrientes idealistas que le salieron al cruce procuraron restablecer el primado de las humanidades, descartando que el hombre pueda ser explicado desde estructuras biológicas para inclinarse por otras opciones hermenéuticas.

No obstante, también deben señalarse las facetas negativas que se hallaron presentes en la acotada reacción contra el positivismo; facetas vinculadas con aspectos decadentes, esotéricos, irracionales y antidemocráticos que nuevamente impidieron la plasmación de un ideario acorde con los anhelos para construir sin grandes distorsiones a nuestra identidad social y nacional.

La confrontación entre positivistas y antipositi-

vistas se vehiculizó gracias a una prodigiosa empresa editorial que logró materializarse en Buenos Aires mediante la publicación de la *Revista de Filosofía* dirigida por José Ingenieros y Aníbal Ponce. Contrariamente al nivel periodístico y cerradamente científicista que algunos le atribuyeron, esa tribuna trasuntó una apreciable versatilidad temática y doctrinaria, recibiendo colaboraciones de la heterogénea comunidad intelectual del continente, donde alcanzó mucho prestigio. Más allá de las encontradas posturas filosóficas que se sucedieron en ella, primaron allí cuestiones donde confluyeron los elementos más progresistas de ambas posturas teóricamente disímiles; cuestiones tales como el pacifismo, la unidad latinoamericana, el peligro imperialista o la función del intelectual. Se trató así de un órgano plural e históricamente comprometido que, con el correr del tiempo y con todas las diferencias pertinentes, se prolongaría a través de emprendimientos culturales análogos, como los *Cuadernos Americanos* en México.

⁴³ Rodó, *El mirador de Próspero*, t. 1, Madrid, Edit. América, 1920, p. 53.

⁴⁴ Alejandro Korn, *Obras Completas*, B. Aires, Claridad, 1949, p. 359.

APÉNDICES

ENCUESTA SOBRE HISTORIA DE LAS IDEAS

1. *¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?*

Con tanto claroscuro y desengaño, como los que se ciernen detrás nuestro, "mi época" —según suele proclamarse desde ese realismo candoroso que nos ancla en el pasado— puede haber sido una de las mejores, al menos si se la toma dentro de la privilegiada estudiantina universitaria.

Efectivamente, entre 1956 y 1966 se fue recuperando, con odiosas purgas profesoras y todo, la castigada autonomía académica en el país, tras un cuarto siglo donde los poderes de turno quebrantaron la fecunda pero volátil tradición reformista latinoamericana, que luego volvería a ser drástica y extensamente interrumpida. Destellaba también entonces el símbolo redentor de la unidad con el movimiento obrero, cuando nos encolumnábamos con los trabajadores para que se les devolviera su personería gremial y cuando algunos intrépidos caíamos en el cerco policial hasta dar con nuestros huesos en la prisión de Caseros junto a la crema más combativa de los líderes laborales. Allí quedaba nuestro paso por la oficina de Extensión Universitaria, guiados por Amanda Toubes y Lito Marín, con quien llevábamos un archivo diario del acaecer político y sindical.

En una vorágine de adhesiones y rechazos abismáticos, vernáculos o transnacionales, nos solidarizamos con la revolución en marcha y casi nos fuimos a romper lanzas en la Sierra Maestra junto con los delegados cubanos que habían visitado el "antro" de Viamonte para adentrarnos en su mítica gesta. Nuestra falta de aptitudes logísti-

cas, nos llevó en cambio a incorporarnos al MALENA para reclamar nada menos que la liberación social y nacional de la mano de Ismael Viñas y Doña Celia de la Serna de Guevara Lynch, la increíble madre del Che. En materia doméstica hicimos guardia durante una noche interminable velando armas para defender el bastión del rectorado, donde moraba nuestro rey-filósofo, Risieri Frondizi, amenazado por la pesada reaccionaria de Tacuara, a la cual finalmente logramos ahuyentar. Sin embargo, terminaríamos perdiendo la batalla principal que encabezó el propio Risieri y cuyas nefastas implicancias todavía no alcanzábamos a percibir: la pugna por el laicismo y la enseñanza pública...

Disconformes hasta con nosotros mismos, seguimos la tónica en boga y nos albergamos en La Clínica belgranense de Fontana, donde, con el LSD y otros alucinógenos, se incentivaban los delirios persecutorios, hasta hacernos cargar sobre nuestras espaldas todo el mal radical que arrastra consigo la especie humana en su conjunto. Presuntamente alentado por el paraíso baudelairiano, por la empiria renovadora de Aldous Huxley o por el erotismo post-victoriano de D. H. Lawrence, al salir de mis primeras sesiones maratónicas de psicoterapia tan aturdidamente despersonalizado como había ingresado a ese altar de la neurosis, garabateé los siguientes versículos:

*Todas venían a ser ilusiones de los sentidos,
pero sin mirar ni oír ni nada.
El brazo de ella, peludo y con el reloj de él.
La imagen de él en el espejo era -oh!- la mía.
Ella empezó siendo mi abuela, ay!, y luego qué?
Y siempre el reloj para adelante y para atrás...
hasta que dijo basta.
Estaba la oreja solamente desprendida
pegándose al suelo
con la hebilla del águila yanqui dada vuelta*

*para hacerles creer que sí pero no tanto,
que en cualquier momento cuando quisiera podía reputar.*

*La casa era la de ellos y me tenían,
y yo me reía pulmón en mano.*

*Desde los tacos altos sobre cuatro patas
todo se probó.*

Y más luego qué?

No se si debemos vomitar en las alfombras

*Porque los baños son refugios de puros santos cerdos
como las manos cruzadas en la espalda que se tocan
el culo y la p... también.*

Ya se que esto lo digo para estar en gracia con Dios.

2. *¿Se puede decir que su obra, de alguna manera se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?*

Un tema como el de las influencias y receptividades que cada quien puede contener debe explicitarse dentro de una cuestión lógicamente previa, a saber, cuál es o en qué consiste a la postre el trabajo acometido y el grado de reconocimiento que el mismo logre concitar dentro de la crítica especializada.

Siempre me interesé por los estudios tendientes a interpretar la evolución filosófica en sus nexos con la realidad histórica. Antes de concluir mi licenciatura participé en el grupo de investigaciones en filosofía moderna y en cursos y reuniones con ese maestro inolvidable que fue José Luis Romero, donde se buscaba desentrañar las mediaciones entre la reflexión teórica y la acción social.

Con ese trasfondo primerizo, me puse a trabajar en torno a la construcción lockiana del liberalismo; labor que sería destacada por parte de diferentes autoridades en la materia (Peter Laslett, Walter Euchner, Christopher Hill, Maurice Cranston, Roland Hall y otros). Luego decidí no restrin-

girme al aspecto genético del liberalismo y me ocupé en efectuar una interpretación crítica de su sentido más actual junto con el de la mentalidad tecnocrática. Todo ese bagaje doctrinario me permitió moverme con mayor desenvoltura dentro de la historia intelectual argentina y latinoamericana, la cual difícilmente puede ser entendida sin el referente de la ideología liberal. Desde entonces, me consagré con mayor ahínco al pensamiento nacional, aunque sin abandonar las preocupaciones filosóficas de fondo.

Una parte de mi labor ha apuntado a establecer delimitaciones semánticas y propedéuticas dentro del difuso campo de las ideas continentales. Otra faceta está ligada con el intento por refutar algunas versiones canónicas sobre asuntos generacionales o sobre el indigenismo, las caracterologías colectivas y el problema de la identidad. He mantenido una actitud polémica con respecto a la concepción krausista, a la penetración del pensamiento estadounidense, a la historiografía y la educación argentinas, etc. Asimismo, he procurado aportar nuevos elementos de juicio en lo que atañe a la mentalidad racista, la noción de progreso, el positivismo y el antipositivismo, el exilio y la emigración españolas, o la revolución francesa. Además de haber dado a conocer algunos hallazgos documentales, me preocupé por rescatar del olvido varias figuras intelectualmente relevantes para su propia época... ¡Algo así como el cielo y la tierra en una pequeña maceta!

Por ende, mis trabajos se enrolan dentro de una tradición que, localmente, cuenta entre sus filas a quienes abrieron el juego disciplinario como Korn e Ingenieros; juego proseguido por Alberini, Guerrero y Francisco Romero hasta culminar con la obra de Arturo Andrés Roig, con el cual se produce una decisiva innovación conceptual y mate-

rial dentro del filosofar iberoamericano. El mismo Roig ha tenido la deferencia de aludir a mi *modus operandi* y a sus vínculos con otras vertientes interpretativas: "Biagini tiene clara conciencia de la necesidad de una ampliación respecto de la comprensión epistemológica del 'saber filosófico' [...] Una parte significativa de la investigación historiográfica europea contemporánea viene a darle la razón [...] Un Derrida o un Foucault han revertido en Europa el método y, desde la tradicional investigación de la filosofía, han acabado preguntándose por una historia de las ideas, más allá de la definición que este tipo de saber les haya merecido [...] Creo que respecto de Biagini podríamos aventurar la tesis —visible en otros investigadores latinoamericanos tales como el peruano Francisco Miró Quesada o el ecuatoriano Hernán Malo González— de que despunta una integración de las dos líneas de trabajo".

En cuanto a mi cosmovisión general, si bien he abordado frecuentemente una tendencia elitista y eurocéntrica me siento mucho más próximo al legado de Martí y Darío que a los lineamientos sarmientinos. Ello lo he puesto de manifiesto a través de un indeclinable compromiso hacia las causas populares que me ha llevado por ejemplo a defender el quehacer político en plena veda militar o a objetar el modelo neoconservador de los últimos tiempos.

3. *¿Cuál fue el clima intelectual de su período formativo? ¿Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?*

Mis primeros pasos universitarios tuvieron lugar con la caída del peronismo, cuando se acentuaron los debates teórico-prácticos en torno a la libertad y pululaban las más variadas crisis existenciales. En "Filo" me integré a la militancia estudiantil que supuso al principio un ingenuo cuestionamiento a los concursos docentes y poco después el casamiento con una compañera junto a una familia precoz que prolongó mi carrera y me mantuvo alejado de la vida bohemia. Allí tuve ocasión de toparme desde el vamos con "la cosa cosal" de Angel Vassallo, de desafiar en el otro polo académico la versión de Mario Bunge sobre las infinitas contradicciones del refranero, de abismarme en las pulcritudes hegelianas de Mercado Vera o de responder a los planteos de un profesor visitante, Irving Louis Horowitz, con relación a la premisa manheimiana del intelectual socialmente desarraigado. También asistí a los Cursos Internacionales de Temporada organizados por la UBA y a los que se impartían en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Mi principal núcleo de pertenencia estuvo constituido por Emilio de Ipola, Vanni Blengino y algunos otros compañeros que nos precedían: León Sigal, Sofía Fisher, Ernesto Laclau, Marco Galmarini, Miguel Murmis. Con ellos compartimos nuestra veneración hacia figuras como las de Jean Paul Sartre y en el campo interno nos sentimos mucho más representados por la gente de *Contorno* que por las veleidades del grupo Sur, uno de cuyos exóticos exponentes, Lanza del Vasto, nos despertó un rechazo visceral durante su presentación en la "Facu". Ciertos fines de semana nos

reuníamos en lo de un viejo anarquista, que trabajaba en el Centro de Estudiantes, para compartir succulentas porciones de pizza y disfrutar de su implacable sabiduría mundana. Una noche y en otra casa, la de Oscar Masotta, nos encontramos con un pensador que en un santiamén había pasado del entronizamiento a la proscripción: Carlos Astrada, a quien escuchamos exponer como si nos hallásemos en una sesión de espiritismo frente al mismo oráculo de Delfos redivivo.

La noche de los bastones largos coincidió de algún modo con nuestro egreso y con un camino más solitario que implicó mi pasaje como becario del CONICET, bajo la guía de Ambrosio Gioja y Eugenio Pucciarelli, al cual secundé en algunas empresas culturales que me permitieron fogearme en la ardua trastienda del intelecto. También conocí por ese entonces a una personalidad con fuertes inflexiones ideológicas y un noble corazón aun no desgarrado por la intolerancia. Me refiero a Rodolfo Agoglia, quien me abrió las puertas de la universidad platense y dirigió mi tesis doctoral. El llamado perfeccionamiento en el exterior me permitió entrar en contacto con dos especialistas de primera: Juan Carlos Torchia Estrada en los Estados Unidos y Arturo Ardao durante su exilio venezolano. Una experiencia muy feliz de aquella época estuvo centrada en mi amistad con ese lúcido e íntegro intelectual que es Ricardo Pochtar; amistad no interrumpida hasta ahora pese a su sostenido distanciamiento del país y del mundillo académico.

4. *¿Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?*

En este rubro, como en tantos otros, no existen misterios iniciáticos. Fundamentalmente, se trata de soldar lo más posible y sin metáfora alguna la nalga al asiento —o viceversa— hasta que se alcance una consustanciación entre el objeto animizado y el sujeto cosificado, al punto de que la silla termina sentándose sobre uno mismo y se transforma en fuente inspiradora, como una madre que va conduciendo anatómicamente la mano de su párvulo para enseñarle los rudimentos de la escritura.

Pese a que entre nosotros no está tan extendido como en otras latitudes el intercambio de borradores entre los pares académicos, intentamos mejorar la gestación de nuestro trabajo mediante otros expedientes. En mi caso personal, suelo recurrir a otra variante no menos clásica: presentar y discutir mi producción inédita en congresos, jornadas, coloquios, seminarios, conferencias, paneles u otros encuentros profesionales dentro y fuera del país. Ocasionalmente, yo mismo he organizado algún simposio donde se invitaron a colegas extranjeros para debatir una problemática puntual que me hallaba investigando con un equipo *ad hoc*. También me resulta provechoso enviar colaboraciones a revistas con referato donde se expiden por escrito acerca del valor o las limitaciones del *paper* remitido.

Como alterno la investigación con labores docentes, no sólo pretendo alimentar la segunda con los frutos de la primera, como resulta relativamente habitual y sumamente deseable, sino que además he podido articular un sistema pedagógico por el cual los alumnos, tanto egresados como de grado, realizan actividades directa o indirectamente vinculadas con proyectos superiores de investigación. Con ello se logra un efecto multiplicador cuyas consecuencias ya se han traducido en varias obras orgánicas que han contado con la ex-

presa incorporación de jóvenes estudiantes a tareas tradicionalmente restringidas a personas con otro grado de maduración.

Más que a recurrir a otras compulsas bibliográficas distintas a aquellas fuentes que se vinculan con mis preocupaciones circunstanciales durante el proceso de elaboración, prefiero acompañarme con un trasfondo musical, especialmente el de corte afroamericano, desde la salsa caribeña hasta el jazz negro. Así condimento mis textos con diferentes ritmos sincopados, v.gr., el *jungle style* del primer Ellington, la nueva trova, Rafael Cortijo y su combo, la voz aguardentosa de Billie Holliday, los repiques de Lionel Hampton o los graznidos saxofónicos de Eric Dolphy junto al tableteo infernal de Charlie Mingus.

5. *¿Cuál serían los rasgos más importantes que debería reunir un historiador de las ideas?*

Sin confiar demasiado en los recetarios para terceros en discordia, sólo puedo darles mi propio parecer al respecto, el cual, como en otros órdenes de la vida, resulta más fácil predicar que traducirlo en acciones.

Quien se dedica a esta clase de estudios debe sobreponerse a las restricciones de nuestra historiografía tradicional, tan ajena a los encuadres teóricos, éticos e interdisciplinarios y tan sumergida en el *racconto* documental que termina por perder de vista la materia básica de su emprendimiento: el ser humano y su conflictividad social. Quien se ocupa del devenir ideológico tendrá que esforzarse aún más que en otras disciplinas históricas por asociar el recaudo erudito y estilístico con la perspectiva crítica y valorativa, estableciendo la conjunción imprescindible de episodios, procesos, testimonios, sensibilidades, intereses y

construcciones intelectuales en juego.

A las diversas corrientes, doctrinas, cosmovisiones y elaboraciones conceptuales no hay que encararlas en tanto concepciones puras, al estilo filsofista, sino como integrando un discurso que encierra algunos principios claves, *v. gr.*, el de la sustentación del poder, o sea, abordar a aquellas en sus correlaciones con la dinámica socio-política y económica de la cual dimanan en definitiva, reoperando también sobre la misma. Para ello conviene apelar a puntos de vista como los que ofrece la sociología del conocimiento, la teoría de las ideologías o el marxismo crítico; ópticas éstas a las cuales he recurrido en distintas oportunidades.

Si nos detenemos en nuestra frustrante realidad latinoamericana, una coordenada vertebral para el historiador de las ideas se vincula con la pugna por la liberación de nuestros pueblos así como las racionalizaciones que se han formulado para entorpecerla. En ese terreno, nos movemos bipolarmente, entre una mentalidad elitista y proimperial y la configuración de posiciones demitificadoras que apuntan a una forma de desarrollo integral, equitativo y soberano, aunque sin obviar la enorme variedad de matices y mediaciones que intervienen en ambos casos. Se trata entonces de una rama del conocimiento que puede contribuir, muy específicamente, a tornar patente el marginamiento que hemos sufrido por parte de las potencias hegemónicas y a evidenciar las semejanzas y diferencias, las sincronías y las asincronías, con respecto a la cultura nordatántica.

La historia del pensamiento se presenta no sólo como disciplina que engloba críticamente a los distintos campos del saber. Además viene a poner de manifiesto las formas en que se ha asimilado o desafiado el bagaje de ultramar, tanto para mantener el *statu quo* cuanto para promover cambios fundamentales. En tal sentido le corresponde ana-

lizar las relaciones de subordinación que a menudo se esconden tras el aparato enunciativo, trasantando por ejemplo en qué medida la presunta evangelización de América resultaría una manera de encubrir el despojo y la explotación.

Cabe asumir por fin que estamos frente a un tipo *sui generis* y decisivo de enfoque hermenéutico, según el cual la búsqueda de lo objetivo coincide con el develamiento y la realización de la dignidad humana, con nuestra necesidad de autoafirmarnos.

6. *¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, ¿existe algún debate dentro de esta disciplina?*

Además de la crisis profunda que se halla afectando hoy a diferentes paradigmas epistemológicos, por ejemplo, en cuestiones tan prominentes como las del valor específico que puede otorgarse al desenvolvimiento histórico y a sus respectivos protagonistas, nuestra disciplina debe decidirse a afrontar de una vez por todas diversos temas cruciales, entre los cuales descuellan sus criterios de periodización, las dicotomías y reduccionismos que se han utilizado con fines opresivos, el pensamiento y la praxis indígenas, las utopías americanas, la cultura y la contracultura, los estudios comparados entre expresiones afines o disímiles.

Pruebas al canto, en ese último sentido he concluido un volumen donde abordo las ideas latinoamericanas durante los dos finales de siglo, el XIX y el XX, junto al revivalismo occidentalista y en relación con la atmósfera cultural de la misma época en otros países que han tenido una fuerte gravitación entre nosotros: los Estados Unidos y España; cuyas dominaciones y potestades, según rotulaba

Santayana, han sido mucho más mentadas que objeto de rigurosa investigación.

Asimismo, considero de trascendental importancia para la historia de nuestras ideas centrar la atención en aquellas manifestaciones no sólo vernáculos sino también en las modalidades que se han proyectado más allá de nuestro propio territorio, sin constituir una simple prolongación o reverdecimiento del panorama europeo, como es el caso de la revolución estética producida por el modernismo, sobre la cual me he venido ocupando incidentalmente. Estoy aludiendo también a otros fenómenos donde se ha revertido la remanida dirección Norte-Sur, al estilo de lo que ha significado el mencionado movimiento de la Reforma universitaria, el cual se ha adelantado con creces a los levantamientos estudiantiles de la década del sesenta. Una cuota similar de originalidad podría atribuírsele a la teología de la liberación o a la pedagogía de Pablo Freire.

Entre las controversias más latentes se encuentran algunos asuntos fundantes, como el difiendo acerca del alcance de nuestra cultura y de nuestra filosofía continentales, su mayor o menor universalidad, autenticidad y dependencia; o la dimensión exclusivamente profesionalista o eminentemente pragmática que debe asignársele a una disciplina como la historia de las ideas, si la misma debe restringirse a una función técnico-académica o si tiene que estar encaminada, por ejemplo, a incrementar los grados de conciencia y participación social.

Si bien me vuelco habitualmente hacia ese último modelo operativo tampoco me veo arrojando de consuno la casa por la ventana, como lo han señalado muchos de mis comentaristas. Por ejemplo, el filósofo José Luis Abellán, en alguno de los ratos libres que se tomó durante la redacción de su monumental historia del pensamiento español,

lo acaba de poner así: "[...] El pensamiento de Biagini resulta, en este aspecto, altamente interesante, ya que su sentido crítico no elimina su profundo carácter integrador. Estamos pues, ante un espíritu progresista y universal que no elude su deuda con lo mejor de la tradición argentina y española, razón por la que se hace perentorio de aquí en adelante no perder de vista las evoluciones de este gran intelectual" (*Diario 16*, Madrid, 24 julio 1993).

7. *¿Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? ¿Por qué?*

Sólo señalaré un puñado de obras entre aquellas que me han permitido penetrar magistralmente en diversas épocas, regiones y tópicos; aun cuando consideremos que no todos los trabajos mencionados representan el libro de cabecera o aquel otro que uno se sentiría más dispuesto a rescatar en medio de una catástrofe. Arnold Hauser nos hizo conocer su *Historia social del arte*, en la cual aplicó esclarecedoras categorías hermenéuticas al fenómeno literario y plástico de los períodos más variados. Por su parte, con *Psique*, Erwin Rohde nos ofreció una novedosa aunque disputada imagen de la Hélade, introduciéndonos de lleno, mediante un miraje nietzschiano, en el orfismo y los cultos dionisiacos. No menos significativo ni hermoso nos resultó un libro de Lucien Febvre para comprender la transición mental del feudalismo a la modernidad en Francia: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*. Siguiendo un orden cronológico, tenemos el texto sobre la doctrina política del individualismo posesivo donde C. B. Macpherson desmascaró como pocos autores el ideario contractualista e jusnaturalista anglosajón.

Con relación a la historia contemporánea, me permito incluir tres títulos más. Un compendio acerca de Latinoamérica en el siglo XIX, *The Poverty of Progress*, escrito por Bradford Burns, escapa al esquematismo liberal predominante en los estudios norteamericanos sobre nuestro medio. El equilibrado análisis y balance del krausismo español a cargo de ese perspicaz pensador socialista que es Elías Díaz, junto a un clásico en torno a la génesis del espíritu depredador, con especial referencia a la sociedad estadounidense: la *Teoría de la clase ociosa* de Thorstein Veblen.

Por último, una pieza que vino en parte a suplir la escasez reinante en cuanto a los problemas metodológicos suscitados por la historiografía ideológica a nivel continental. Estoy pensando en el libro publicado recientemente en México por Horacio Cerrutti Guldberg, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*. Allí se plantean distintas encrucijadas que no podemos soslayar si deseamos emprender un análisis maduro de la disciplina pertinente y sus principales objetos.

EL SIGNIFICADO DEL CORREDOR DE LAS IDEAS

Los objetivos del Corredor de las Ideas han sido perfilados en un documento que redactó nuestro amigo Eduardo Devés para fundamentar el lanzamiento de otra de sus pujantes implementaciones. Además ya se ha realizado en el Uruguay, bajo la firme batuta de Mauricio Langón, un encuentro orgánico para inaugurar públicamente el Corredor, el cual, a menos de un año de efectivizarse el citado evento, regresa aquí a la palestra gracias a la iniciativa de Antonio Sidekum y de esta buena gente de UNISINOS. Me han elegido a mí ahora, como cómplice convicto y confeso, para verter mi propia opinión sobre el Corredor y encender un eventual debate entre quienes seguimos apostando por la jaqueada bohemia intelectual.

El Corredor de las Ideas del Cono Sur, como tantas otras asociaciones, posee una serie de aspectos operativos. En nuestro caso, impulsar los estudios sobre pensamiento y cultura latinoamericanos, la creación de diferentes redes y grupos de trabajo, etc. Simultáneamente, hemos acordado que tales propósitos se dirijan a repensar nuestra propia integración regional desde tres principios inexcusables: democracia, identidad y derechos humanos.

Una integración que no sólo denote, como en la modernización conservadora, unificación aduanera, *Realpolitik* e irrestricto alineamiento con los poderes mundiales. Una estrategia de integración más humanista, con justicia social y democracias participativas, incorruptas e incondicionadas. Se trata en verdad de un programa, el de las grandes patrias latinoamericanas, que ha insumido tantos desvelos generacionales y cuenta con un peso

histórico mucho mayor que los convenios cuasi artificiales que dieron lugar a otros megabloques como el Nafta y la misma Comunidad Europea.

Nos sumamos por lo tanto a quienes, desde distintas posiciones, luchan —como pregonaba Alfredo Zitarrosa— por un mismo camino para el que viene y para el que va; frente a una concepción donde el hombre sólo resulta un *lobby* para el hombre, donde impera el Estado de Malestar y el gobierno de Hood Robin; frente a una recolonización del orbe mediante endeudamientos astronómicos, manipulación de la información y domesticación de intelectuales o universitarios, que llegan al punto de asegurarnos que la racionalidad no puede darse fuera de un sostenido tabú al cual la propia *intelligentzia* se la ha pasado cuestionando: el espíritu capitalista.

Ante el aplastamiento que amenaza a las legítimas culturas locales y como una fórmula positiva para la integración, postulamos el innovador concepto de identidad que, con la idea de unidad en la diversidad, ha superado nociones autoritarias o discriminatorias —como las del ser o el carácter nacional— para convertirse en el gran proyecto civilizatorio —según lo plantea el sociólogo mexicano Pablo González Casanova. La identidad, concebida como un proceso de afirmación individual y colectiva, viene a mixturarse con la utopía, en tanto ambas aspiran a modificar el llamado orden existente o establecido por considerarlo fuente de desorden e iniquidad. Reivindicar la disposición de un pensamiento utópico enraizado para desmitificar sistemas opresivos, nos permite medirnos con las versiones deterministas que, a diestra y a siniestra, le confieren una fuerza magnética irreversible a las oscilaciones bursátiles, a la concentración y transnacionalización financiera, a la desregulación y a las privatizaciones, al ajuste a los ca-

renciados, o al temple consumista. Enfrentarnos al triunfalismo occidental que, bajo la crisis de las ideologías y paradigmas, exhuma el viejo discurso eurocéntrico para denostar la aptitud cultural de los pueblos meridionales. Al realismo periférico neoliberal le contraponemos su máximo presupuesto: la misma realidad, que nos indica que los países que han avanzado en medio de la globalización son los que han mantenido su propia identidad, sus recursos naturales y su mercado interno. Procuramos neutralizar la probabilidad de concluir inmersos en un mundo de distopía y pesadilla, en un ordenamiento tecnocrático rígidamente dividido entre una aristocracia altamente calificada y una creciente masa de desahuciados —según lo insinuó otrora Kurt Vonnegut en una novela futurista.

Podríamos coincidir así con decisivas expresiones como las que mantuvo Eric Hobsbawm en una disertación que pronunció recientemente en la Cancillería chilena:

se está perdiendo la fe de que los hombres son capaces de solucionar sus problemas y de que a veces los han solucionado. La locura de la ideología neoliberal y el abandono del proyecto de cambiar el mundo por la mayoría de los gobiernos de la izquierda actual, ambos me parecen igualmente síntomas de tal pesimismo intelectual [...] la tarea más urgente frente al nuevo milenio es que los hombres y las mujeres vuelvan a los grandes proyectos de edificar una sociedad mejor, más justa, más viable [...] Hay que volver a las grandes experiencias de los grandes proyectos. No se consigue nada sin eso.

—MANIFIESTO—

¿Hace falta puntualizar que entre las experiencias, proyectos y tradiciones que nos compite rescatar a nosotros, los sudamericanos, para la urdimbre de nuevas utopías, figuran matizadamente desde el bolivarismo al modernismo martiano, desde el nacionalismo continental al movimiento de la Reforma Universitaria, desde la ensayística a la literatura ficcional, desde los planteamientos liberacionistas a la filosofía intercultural? Una magna tarea de reconstrucción que involucra no sólo a los letrados sino muy especialmente a los frentes y partidos populares, a las organizaciones civiles autogestionarias y a la misma sensibilidad oficial; en definitiva, a todos aquellos que se niegan a percibir la dominación, la miseria, la desigualdad y los padecimientos planetarios como si formaran parte de un fenómeno ínsito en la esencia de las cosas. Una faena recuperatoria que precisamente no fue omitida en nuestra declaración liminar del Corredor de las Ideas ni en nuestro propio accionar, cuando homenajeamos al maestro Ardao o cuando decidimos presentar en este generoso espacio un relevante estudio sobre el otro gran Arturo, Andrés Roig —quienes no sólo han renovado la historia de nuestras ideas en su dimensión académica sino que también la han propuesto como una herramienta para incentivar la conciencia nacional y las realizaciones sociales.

En suma, nos convoca la posibilidad de incidir en nuestro propio ámbito laboral, el de la universidad, para que ésta trascienda la neutralidad científica en la cual subyace —como si efectivamente se hubiera alcanzado el fin de los antagonismos y el reino de los cielos—, asuma su gravitante papel dentro del Mercosur del conocimiento y en la orientación de sociedades tan desprotegidas como las nuestras, hasta transformarse en una genuina casa de la esperanza para el desarrollo integral alternativo.

El Corredor de las Ideas —con su base operativa en la franja central de Chile, Argentina, Uruguay y el sur del Brasil— se propone dos metas principales: 1º) alentar los estudios sobre pensamiento y cultura latinoamericana, 2º) crear redes y grupos de trabajo para debatir nuestra propia integración desde tres principios insoslayables: democracia, identidad y derechos humanos.

Questionamos el presente Estado de Malestar y la reimplantada concepción sobre la rapacidad ingénita del hombre, así como la recolonización del orbe mediante deudas astronómicas, avasallamiento de legítimas expresiones regionales, manipulación informativa y domesticación de intelectuales —que asocian indisolublemente la racionalidad con el espíritu capitalista.

Nos pronunciamos por una integración que trascienda la unificación aduanera, el realismo político y el irrestricto alineamiento con los poderes mundiales; que asimile la estrategia de los países que han podido avanzar en la globalización por haber preservado sus valores más importantes, sus recursos naturales y su mercado interno; que adopte un perfil humanista, con justicia social y democracias participativas, hostiles a la corrupción y a los condicionamientos; que actualice un programa como el de la patria latinoamericana, con sus desvelos generacionales y su fuerte respaldo histórico.

Como fórmula positiva para la integración, propiciamos el innovador concepto de identidad, co-

mo unidad en la diversidad, que intenta superar nociones autoritarias o discriminantes —las del ser o el carácter nacional— para convertirse en un magno ideal civilizatorio por su alto grado de universalización. La identidad, como proceso de afirmación individual y colectiva, se aúna con la utopía, en tanto ambas tienden a modificar un ordenamiento maniqueo, compuesto por una casta privilegiada y una creciente masa de sumergidos.

Desde una perspectiva utópica enraizada puede refutarse las versiones deterministas que le asignan una fuerza magnética a las oscilaciones bursátiles, a la concentración financiera, a la desregulación y a las privatizaciones, a los ajustes salvajes, al furor consumista o al triunfalismo nortatlántico que exhuma el discurso lapidario sobre los pueblos meridionales y clausura la historia como si se hubiera alcanzado el cese de los antagonismos y el reino celestial.

Entre los proyectos, plasmaciones y fuentes que nos toca recuperar a los iberoamericanos para la urdimbre de nuevas utopías, se encuentran nuestros mejores legados originales: desde el bolivarianismo al modernismo martiano, desde el nacionalismo continental al movimiento reformista, desde la ensayística a la literatura ficcional, desde los planteos liberacionistas a la filosofía intercultural. Una ardua tarea de revaloración que involucra no sólo a los letrados sino también a los bloques y partidos populares, a las organizaciones civiles autogestionarias; en definitiva, a quienes se rehusan a percibir como fenómenos cósmicos la dominación, la miseria, la desigualdad y los padecimientos planetarios. La historia de nuestras ideas emerge aquí como herramienta clave para activar la memoria, la conciencia y los emprendimientos sociales.

En resumidas cuentas, nos convoca el anhelo de incidir en todos los espacios disponibles y, fundamentalmente, en nuestro propio ámbito laboral, el universitario, para que éste asuma su gravitante función en el Mercosur del Conocimiento, oriente a sociedades tan dispares e inermes como las nuestras, hasta transformarse en un baluarte para el desarrollo alternativo frente al pensamiento único y la modernización conservadora.

Declaración de San Leopoldo, Brasil-Mayo 1999.

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LIBROS AFINES

“Sería interesante historiar la filosofía argentina en su relación con la sociedad y en particular con la política. Hasta ahora sólo se sabe que los positivistas [...] eran liberales o socialistas, y que la mayoría de los demás eran antidemocráticos. Hugo Edgardo Biagini ha estudiado el asunto y ha compilado un libro valioso: *El movimiento positivista argentino* (Editorial de Belgrano, 1985). Habría que hacer otro tanto con los antipositivistas.” **Mario Bunge**

“No desconocemos ni subestimamos las dificultades que acarrea organizar un esfuerzo de esta complejidad y envergadura y que llevó a cabo con apreciable acierto Hugo E. Biagini [...] Infrecuente apertura hacia diferentes horizontes en la valoración de los temas y los protagonistas.” **Gregorio Weinberg**

“Desde el punto de vista bibliográfico este libro se convertirá, indudablemente, en un auxiliar indispensable para quienes deseen un encuadre global de ciertos problemas y protagonistas del positivismo argentino.” **Jorge B. Rivera**

“Lejos [...] de la veneración acrítica sólo atenta a descubrir virtudes, pero lejos también la negación que se obstina en no concederle importancia histórica al positivismo argentino, este trabajo será un elemento de consulta y aprovechamiento para quienes se interesan en este período insoslayable de nuestro desarrollo socio-cultural y ojalá que, como escribe Biagini, sea el punto de partida de interpretaciones más matizadas.” **Coriolano Fernández**

“Hay que congratularse por la edición que ha emprendido la editorial de la Universidad de Belgrano de la compilación dirigida por Hugo E. Biagini, que ofrece una amplia colección de ensayos sobre temas y personalidades ligados al movimiento positivista argentino. Treinta y dos trabajos que tienen el mérito de atraer la atención hacia uno de los fenómenos culturales más significativos de la historia de nuestro país. Un espectro amplio de tópicos, especialidades y tesis, así como el recuerdo y valoración de un gran número de personalidades, es aquí detenidamente analizado.” **Gregorio Klimovsky**

“Un texto que encare seriamente nuestra historia de las ideas [...] parece estar condicionado por al menos dos circunstancias. Una, la necesidad de suministrar información básica sobre momentos y figuras escasamente conocidos. Otra, las fórmulas con que esos momentos y figuras han sido etiquetados [...] La compilación de Biagini propone elementos para satisfacer ambas exigencias, particularmente útiles en este caso [...] frente a la demanda de conocimientos que caracteriza el esfuerzo de nuestro actual mercado de ideas por elaborar un nuevo sentido común histórico, la eficacia informativa que esta compilación demuestra en gran número de sus páginas es uno de sus méritos [...] otro de los méritos de este volumen es su apertura a lecturas asentadas en presupuestos diversos.”

Jorge E. Dotti

“En síntesis, esta obra es el resultado feliz del esfuerzo de un grupo de investigadores argentinos para colmar los vacíos exegéticos que todavía impiden llegar a una apreciación cabal de la evolución de las ideas en Argentina.” **Daniel Zalazar**

“Estaba haciendo falta en la bibliografía un libro dedicado con visión integral y de conjunto, al estudio del movimiento positivista en el país.” **Diego Pro**

“El movimiento positivista argentino constituye una compilación de investigaciones sobre el tema, realizadas por destacadas figuras de nuestro quehacer científico y cultural que viene a sumarse a los estudios orientados a profundizar en las cuestiones esenciales del pensamiento latinoamericano.” **Ma-bel Cernadas**

“Si la historia de las ideas existe en tanto disciplina diferenciada, no cabe duda de que *Orígenes de la democracia argentina: El trasfondo krausista* es un aporte sustancial a la historiografía de las ideas políticas en nuestro país, un paso importante en la clarificación del tema de la democracia... El volumen compilado por Hugo Biagini hace posible avizorar límites y problemas [...]” **Julio Orione**

“Lo más interesante de la compilación de los trabajos y de los debates del Simposio Internacional sobre Orígenes de la Democracia Argentina, compilados en el libro que comentamos no es el 'Re-descubrimiento' del krausismo, en particular

su vertiente española y argentina, sino la maestría con que los autores enlazan ese 'redescubrimiento' con el hilo conductor de diversos temas de absoluta actualidad [...]. La claridad expositiva, el cuidado del lenguaje, la complejidad interpretativa y la honestidad intelectual de los autores de los diferentes ensayos agregan calidad a la compilación.” **Cecilia Braslavsky**

“Es una garantía la presencia de Hugo Biagini en la compilación de los diversos ensayos sobre la filosofía krausista y su inserción en la democracia argentina [...] Ha sido un gran acierto el de Hugo Biagini al compilar los ensayos de este simposio.” **Francisco Bello**

“In short, both the doctrinal elements of krausismo and the means by which it was diffused make this volume, despite its shortcomings, of potential interest to students of the history of ideas not only in Iberia and Argentina, but also in Uruguay, Cuba, Mexico, Chile, Brazil and elsewhere in Latin America. And so our thanks to the organizers, participants and the Friedrich Ebert Foundation, which made publication possible.” **Ronald Newton**

“Este excelente volumen contiene las exposiciones hechas en un simposio sobre el tema que da título al libro.” **Juan Carlos Torchia Estrada**

•

“Esta obra de Hugo Biagini [*Cómo fue la generación del Ochenta*] se aparta notoriamente del ensayismo que, alrededor del centenario de 1880, ha predominado en estos años. En primer lugar, porque, desdeñando las fáciles generalizaciones y la especulación pura, está sólidamente fundado por un aparato erudito [...] Sobre todo es original porque procura alejarse de los estereotipos habituales, buscando matices y variantes dentro de unas ideas generales que no deja de reconocer como dominantes. Nuestra imagen de las características intelectuales de la época resultan considerablemente enriquecidas con este trabajo.” **Luis Alberto Romero**

“Biagini's study of the Argentine generation of 1880, based on historical documents that include little known publications, emphazises that had so far been neglected: favorable opinions about the Indians, and the work and fame of the poet & essayist Carlos Encina.” **Juan Adolfo Vázquez**

“El Centenario de 1880, fecha fundamental de la historia argentina [...] dió lugar a numerosas publicaciones, de mérito dispar. Entre ellas se destaca con merecimiento propio este documentado trabajo, de tipo académico, de Hugo Edgardo Biagini.” **Emilio Fermín Mignone**

“La pródiga utilización de documentación originaria permite apreciar el esfuerzo investigativo del autor [...] el autor nos convence. Hay pensadores ochentistas que en algún momento de su obra no apoyaron incondicionalmente las concreciones oligárquicas, indianóforas, europeizantes, utilitarias, etc., que son el sello de lo hecho por la generación del 80 [...] virtudes de la obra de Biagini.” **Román Albornoz**

“Este trabajo de Hugo E. Biagini abre incitantes perspectivas al estudio de la llamada generación del 80 [...] replantea la cuestión, ampliando el panorama, donde encuentra, con espíritu crítico, diversas vertientes humanísticas [...]. Otro aspecto que resalta el autor —y lo contrapone al hecho de la ‘Conquista del Desierto’— es la vigencia, en aquellos años, de una corriente indigenista que Latinoamérica conoció en los años 20 y 30 de nuestro siglo [...] Pero donde Biagini da testimonio de su faena investigadora es en su aporte sobre la vida y la obra de Carlos Encina [...] un utopista social y un teósofo racionalizante.” **Emilio Corbiere**

“Libro sugerente sobre un tema importante, escrito por un filósofo puesto a historiar la cultura. La idea central es mostrar a una supuesta ‘Generación del 80’, pensada a través de algunas individualidades, método que arroja inusitada luz sobre la necesidad de revisar prejuicios y clichés respecto de la totalidad [...] La bibliografía utilizada es muchas veces novedosa.” **Hebe Clementi**

“Este volumen aporta interesante información y testimonio valiosas preocupaciones de su autor.” **Alberto Blasi**

“Latin Americanists will welcome this work [*Redescubriendo un continente*] not just because it addresses a comparatively neglected historical period, the 1870s through the 1920s, but because it sheds light on the intellectual origins of the Spanish migration to America during those decades. Biagini, a specialist in

the history of Argentina’s ‘Alluvial Era’, 1870-1930, demonstrates that many of the new arrivals were fleeing from persecution after the failed republican experiment of 1868-74.” **James D. Henderson**

“The exiles reduced anti-Hispanism among Argentine intellectuals and brought Spain and Argentina together. This volume, a reference work, explains in detail why they succeeded.” **Joseph T. Criscenti**

•

“*Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva* llena un hueco en los estudios sobre la inmigración española a la Argentina [...] Son muchos los textos que estudian la inmigración de aluvión pero es éste, sorprendentemente, el primero que se centra en la inmigración de levita [...] Esta élite había permanecido invisible hasta que Biagini se tomó la molestia de quitar el polvo de documentos y libros en archivos y bibliotecas que otros investigadores habían ignorado.” **Ignacio García**

“El profesor Biagini, especializado en historia de las ideas en la Argentina y en las relaciones culturales entre el país del Plata y España, ha hecho un paciente rastreo de emigrados españoles que llegaron a aquellos confines americanos en la segunda mitad del siglo XIX. [...] La lectura de este libro será igualmente provechosa para el historiador de las mentalidades, de los movimientos sociales y de esa inasible provincia de la vida española llamada América.” **Bias Matamoro**

“El mayor mérito del libro de Hugo Biagini consiste, precisamente, en señalar por primera vez que existieron esas influencias e interacciones [de intelectuales españoles en el Plata a fines del XIX], y en ofrecer un importante acopio de datos puntuales sobre personajes, publicaciones, etc. [...] un trabajo útil, que puede —y debería— convertirse en fuente de inspiración para iniciativas posteriores.” **Mónica Quijada**

•

“Biagini offers an insightful examination of the efforts by immigrant intellectuals to vindicate Spanish culture [...] is definitely not one of the best works of a fine and prolific intellectual historian.” **José C. Moya**

“En [...] el libro de Hugo Biagini, *Fines de siglo, fin de milenio* [...] reconocemos algunos de los más importantes temas de preocupación de la filosofía latinoamericana contemporánea.” **Jorge Vergara Estevez**

“Biagini piensa desde Argentina para América Latina (y por qué no para el mundo).” **Eduardo Devés Valdés**

“¿Cómo serán las naciones en el próximo siglo? ¿Hasta dónde la aldea global afectará la identidad de los pueblos? Este y otros dilemas del nuevo orden mundial, son abordados en un análisis profundo y necesario.” **Luis Chitarroni**

“La reflexión de Biagini, fundada en una investigación documental y en un método hermenéutico precisos, va más allá de ellos para configurar una prospectiva y hasta una programación de acción socio-cultural, política y económica desde nuestra situacionalidad. Programas de este tipo hay varios y sin duda interesantes y motivadores. Lo que tiene de propio e importante la propuesta de Biagini es que él presenta sus ideas desde (y no al margen, ni contra) la historia leída lo menos prejuiciosamente posible, y para evitar esas lecturas acrílicas y tendenciosas se sirve de un instrumento crítico: la filosofía. Es un libro que debe ser leído sin prisa porque proporciona mucho material de reflexión.” **Celina Lértora Mendoza.**

“En estas épocas de globalización y de internacionalización de los mercados, en que se hace hincapié en la homogeneización de la cultura, la UNESCO ha querido apoyar la labor intelectual del profesor Biagini porque este libro refresca el ambiente y abre perspectivas de futuro. [...] porque su reflexión se sitúa, precisamente en esta búsqueda por recuperar el sentido de la historia, comparando la experiencia de cómo vivimos los latinoamericanos a diferencia de otras culturas, el fin de siglo pasado y cómo estamos viviendo este fin de milenio.” **Ricardo Hevia Rivas**

INDICE

Presentación.....	7
I. Espiritualismo y positivismo	9
Eclécticos y krausistas	9
<i>Deus ex machina</i>	17
¿Orden o progreso.....	29
II. Finales de siglo	37
Idearium	37
El paso del tiempo.....	39
Raza, civilización y moralidad	44
III. El cientificismo y la reacción idealista	55
Una concepción extendida	55
El caso argentino	61
Los retadores	67
Estimativa	72
APÉNDICES	77
Encuesta sobre Historia de las Ideas	79
El Corredor de las Ideas:	
significado y manifiesto	93

Libros Tauro